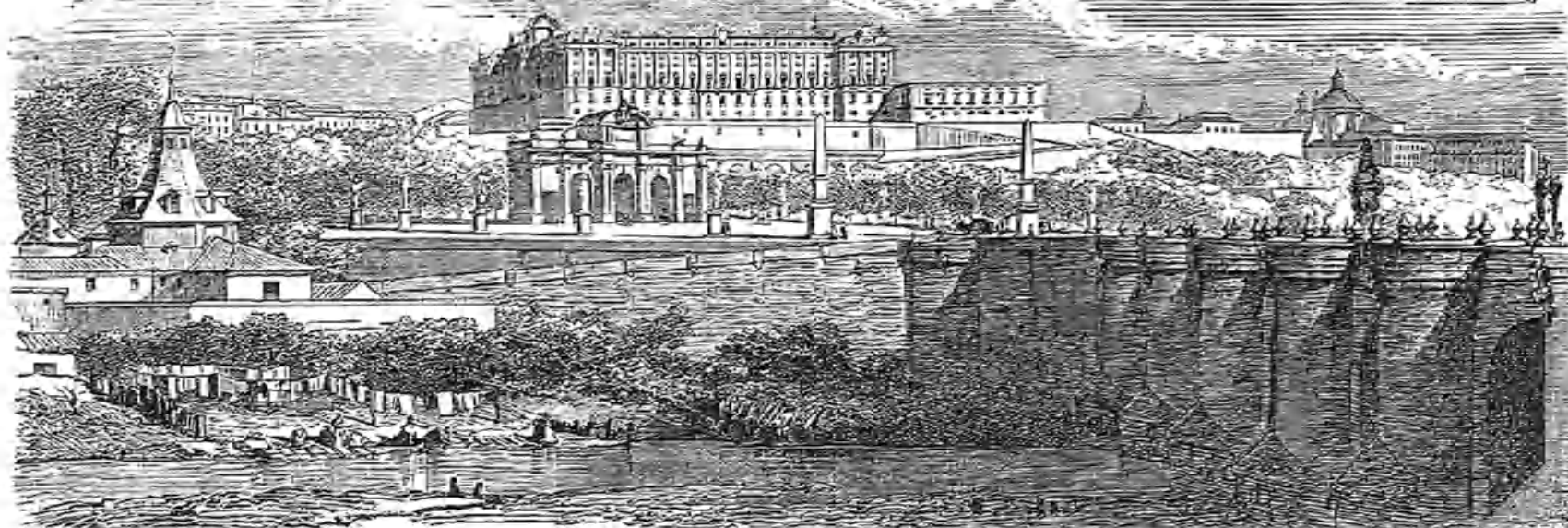


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 29 DE FEBRERO DE 1872.

NÚM. 32.

EUMARTO.

TICHA.—Ecos, por D. Federico Fernandez Flores.—Crónica de la quincena, por D. B. Perez Galdós.—El héroe de Santa Eufemia, por D. Luis de Eguíluz.—En el álbum de la malograda niña Clotilde Domingo (soneto), por D. José M. de Larrea.—El convento de Segovia, por D. Ricardo Villanueva.—Taller de fundición, por X.—Monumental celta, por X.—Fundaciones en la provincia de Palencia, por D.—Teatro, por D. A. Sanchez Perez.—Corona sepulcral de Castilla, por X.—Escaralones castellanos: apuntes arqueológicos (conclusión), por D. Ricardo Serrano de Serrano.—Don Saturnino Alvarez Bugallal.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (continuación), por D. Alonso Brouca.

GRABADOS.—Ecoso, señor marqués de Miraflores, dibujo de D. A. Perez.—Monumental celta. La Piedra del Diablo (1000), dibujo de don J. Vayreda.—Punta de saeta de la edad de Bronce y hacha de la edad de Piedra, dibujo de D. J. Vayreda.—Fundación catalana, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Convento de Segovia, tomado de una fotografía del Sr. Laurent.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Sitio de Zaragoza, cuadro de D. Alejandro Ferrant, dibujo del mismo.—Fundaciones de la provincia de Palencia, dibujo de D. R. B.—Don Saturnino Alvarez Bugallal, tomado de una fotografía del Sr. Laurent.—Castela del convento de Segovia, dibujo de D. Juanita Gómez.—Corona sepulcral de Castilla, dibujo de D. Daniel P.

ECOS.

¿Qué es un libro?

«Terreno moral adonde agarra todo linaje de sombra; él es en unas ocasiones flor que huele, en otras espiga que alimenta; en éstas arbusto que acompaña, en aquellas árbol que cobija; él es jardín y huerta, y prado y bosque; él con la poesía nos encanta, con la ciencia



EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE MIRAFLORES.

oía nos enseña, con la historia nos advierte, con la filosofía nos alumbra, con la ficción y el apólogo nos embelesa. El hombre ha hecho de su libro la historia natural de las almas. No teniendo que crear nada para su cuerpo, creó un mundo en abreviatura para su espíritu, y de tal modo se amalgamaban ambas ideas, que ya uno de los más grandes pensadores de los siglos, Cicerón, dejó consignada esta admirable síntesis: *El ideal de la vida humana es una biblioteca en un jardín.*

¡Ah! esta admirable definición del libro, llena de verdad, de elegancia y sentimiento, ya lo habreis recordado, ó ya lo habreis conocido, no es mía—y harto lo deploro. Es el último párrafo del primer artículo de la obra que recientemente ha publicado Castro y Serrano, con el título de *Cuadros contemporáneos*; artículo consagrado por el autor á examinar y explicar lo que es el libro como fuerza social, como elemento civilizador, como propagador de la idea; artículo que sirve como de introducción á los que le siguen y con el que me ha pasado á mí algo parecido á lo que le aconteciera al pintor Wilkie, el cual, habiendo venido de Inglaterra para conocer las obras de Velazquez, empleó todo su tiempo en estudiar la primera en que puso los ojos: el cuadro de *Los Barrachos*. Y sin embargo, ni este lienzo del insigne pintor es la mejor obra de sus pinceles, ni el artículo á que me refiero es el más selecto de la colección contemporánea de Castro y Serrano.

Después de haber leído los *Cuadros contemporáneos*, me dije: En tu calidad de colabora-

de una Revista importante y de redactor de una sección literaria especial, me parece que está en la obligación de decir algunas palabras respecto á esta obra, primero para que sepan que la has leído y segundo para que no ignoren que te ha gustado. Pero...

He aquí la opinión que Castro y Serrano deja estampada en su libro respecto de lo que es la crítica en nuestra desgraciada patria.

¿Será posible? se pregunta. ¿No hay crítica en España? ¿Es cierto que hay que mendigarla ó retribuirla? No: por fortuna aquí no se mendiga ni se compra; pero tampoco hay costumbre de ejercerla; lo más que se acostumbra es deslizar un parrafillo en esta forma:

«Hemos tenido el gusto de ver el libro del señor Fulano. Sin tiempo todavía para saborear su lectura, nos limitamos á decir que está bien impreso, y que se vende en talas ó cuales librerías. Ni una palabra más.»

Hace muchos años que soy periodista, y reconozco que el juicio formulado por Castro y Serrano respecto de la crítica literaria, tiene más de retrato fiel que de caricatura.

Pero he aquí que yo había tomado la pluma con objeto de escribir algunas líneas acerca de los Cuadros contemporáneos y me encuentro ante el siguiente dilema:

O he de llenar con la crítica de un libro todo el espacio, hoy bien menguado, de esta Revista, ó incurrir en la censura lanzada por el autor de aquella obra sobre los críticos literarios.

Teniendo en cuenta, héme dicho, que los Cuadros contemporáneos en sus artículos *El libro*, *Las exposiciones universales*, *El baile*, *letras y artes é historias vulgares* abarcan los más importantes problemas sociales, industriales, filosóficos, científicos, artísticos y literarios; considerando que tú, aunque quisieras ser crítico de obra tan notable, no te encuentras á la altura del libro, y considerando igualmente que aunque te encontrases á cien codos sobre él, no tienes espacio ni aun para desarrollar la menos importante de las importantísimas cuestiones de que trata, debes, como el prudentísimo Cide Hamete, colgar la pluma de la crítica de la más próxima espatera y de hilo de alambre más cercano, dejando sabidamente por terminada tu tarea antes de haberla dado, no ya falica término, sino desventurado principio. Al fin y al cabo el autor es hombre discreto y sabrá agradecerle.

De la raíz originaria *Biblia*, ó sea libro de los libros, han brotado diferentes ramas que en el mundo intelectual se conocen con las denominaciones de *bibliotecario*, ordenador y conservador de libros; *bibliógrafo*, escogedor de buenos libros; *bibliófilo*, amante de los libros como libros; *bibliómano*, rebuzador de libros raros; *bibliógrafo*, acaparador y ocultador de libros.

Castro y Serrano, según él nos dice en el magnífico prefacio consagrado á *El libro*, ha ingestado otra rama en ese árbol literario con el título de *bibliórrapo*, ó sea secuestrador y rapañador de libros.

El retrato á la pluma hecho por Castro y Serrano de cada uno de estos diversos tipos, es impecable, es perfecto. Decidido á no ser crítico, me reduzo á ejercer la modesta profesión de *oíeron*. Ahí tienen Vds. el retrato del bibliómano:

«En manos del bibliómano, el libro permanece casi siempre cerrado; ¿qué importa lo que dice? ya se lo supone. Lo interesante del libro es su fecha, es el lugar de su origen, el nombre de su impresor, el papel de sus hojas, el estilo de su cubierta, el hierro de su marca, la alcañala de su antiguo dueño, las apostillas ó anotaciones del que lo ha leído. Se cuenta de un inglés que reunió trescientos sesenta y cinco Ovidios, uno para cada día del año; no contento con esto, mandó que le imprimieran un Ovidio en seda blanca y se hizo amortajar con él. Lo que calla la historia es si el inglés había leído á Ovidio. Si no lo leyó, puede pasar por el apóstol de la bibliomanía.»

Quiero también que conozcan Vds. á los *bibliórrapos*, por ser la especie clasificada y descrita originalmente por Castro y Serrano.

«A sus arcas afuye y en sus arcas se oculta todo lo selecto que poseen los otros, porque profesan la doctrina de que es lícito robar lo que en buenas condiciones no puede adquirirse, y de que es útil esconder lo que perdería su mérito si se vulgarizase. Sus dispendios y sinsabores, que suelen ser muchos, no van encaminados al lustre de la literatura ni á los progresos de la ciencia; su única satisfacción consiste en estas frases:—Yo lo poco.—Nadie lo verá.»

Como se ve los rasgos son característicos, el dibujo franco y seguro y está puesto el color con admirable

valentía. El original parece escaparse del lienzo y muchos seguramente exclamarán viéndole.—Yo conozco á este bibliórrapo.

Pero falta en este retrato la pincelada señal, esa pincelada que en las obras de los grandes maestros es el rayo de sol que ilumina el cuadro.

Aquí el último toque es una anécdota.

«Se cuenta de un bibliórrapo de Barcelona, dice Castro y Serrano, que cansado de ofrecer dineros y combalaches por un libro, decidió robarlo y pegarle fuego á la casa de su poseedor. Hizolo así con salvaje frialdad; pero fue descubierto en todos los pormenores de su empresa. El juez condenóle á muerte; y cuando su hábil abogado justificaba en la súplica que el delito era absurdo, por cuanto el libro de que se trataba no era único en su clase, como merecía una determinación tan horrible, el bibliórrapo comenzó á llorar con amargura:

—«Celebro, dijo el magistrado, que la conciencia principie á recorderos por tan atroz delito.»

—«No lloro por eso, señor, murmuró el acusado ahogándose de pena; lloro por saber que mi pobre libro no era el único de su clase.»

Bien sabe Dios que trataba de decir algunas palabras sobre cada uno de los artículos que forman los Cuadros contemporáneos; pero está visto que he consumido gran parte del espacio de esta Revista y aún no he salido del primero.

«Pues sabrás, Inés, hermana, que el portugués cayó enfermo. ¡Las doce dan... yo me duermo; quedese para mañana!»

Acaso otro día tenga ocasión de referirme á esta obra; acaso trascriba algunos de esos párrafos de brillante, suelto y castizo estilo que brotan de la pluma de Castro y Serrano en ondas luminosas como los relámpagos de una tempestad... Os prometo, sin embargo, no hablaros ya del primer artículo. Quedese, pues, el resto para mañana, como decía el portugués.

Un lector.—Señor articulista, yo veo que Vd. no ha hecho ni crítica, ni *Reo*. Sólo se ha permitido Vd. copiar algunos bellos trozos literarios del autor de las *Cartas transcontinentales* y de *La novela del Egipto*.

El articulista.—Señor lector, cállese, y no sea tonto, que eso se va ganando.

Habíamos tenido noticia de husigas de peluqueros, de tahoneros, de silleros, zapateros, sastres, cigarrerías, sombrereros, albañiles y enterradores; pero no habíamos sospechado siquiera que los médicos pudieran también negarse á recetar y ayudar á morir á los enfermos.

Parece que en Valparaíso la intendencia publicó un decreto reglamentando el servicio de los médicos, y á consecuencia de esto los Esculapios decidieron dejar los enfermos al cuidado del intendente.

—El que tan admirablemente decreta en cuestión de medicina, se dijeron sin duda, puede también decretar la salud á los enfermos.

Un médico francés decía á sus clientes:

«Haced ejercicio, despreciad las penas, no hagais excesos y... reiros de mí.»

Otro médico dejó escrito en su testamento:

«Muro tranquilo: ni he curado, ni he matado á ninguno de mis enfermos. El que sanó fué porque pudo, y el que se murió porque quiso.»

Si mis colegas, en vez de ser adversarios de la enfermedad, se contentasen pura y simplemente con ser testigos de ella, no habría oficio más descansado que el de sepulturero.»

Histeria tan verídica como inverosímil. La escena pasa en Zaragoza y en casa de una señora que tiene 10.600 reales en la cómoda de su cuarto.

Es de noche: entran varios ladrones, puñal en mano, y arrancan á la infeliz señora la citada suma.

Pero ella les dice con terrible acento de dolor que aquel dinero es su única fortuna, y que no la dejen totalmente abandonada á la miseria.

Entonces los ladrones se consultan y convienen en *regalarla* 178 duros.

Vamos, esto consuela: aún no se ha acabado en España la raza de los bandidos generosos.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

¿Pero es cierto? ¿No será una de tantas ridículas exageradas con que las naciones poderosas y formales se complacen en aterrar al mundo? ¿Será posible que *Don Bull* y el hermano *Jonathan*, tan serio y práctico el primero, tan positivista el segundo, comprometan en una guerra marítima su inmenso comercio y su colosal industria? La cuestión del *Atabama*, que dormía en el sarcófago de los cartapacios diplomáticos, ¿habrá despertado para destruir aquella fraternidad pregonada al tender el cable, cuando las dos naciones se saludaron diciendo: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad?*

No creemos que esto pase á vías de hecho, apesar de las exageradas pretensiones de los Estados-Unidos y de su negativa á todo acomodamiento. La misma descomunal fuerza de los dos rivales hace esperar que no presenciaremos una gran catástrofe en medio de los mares, cuando aún no se ha secado la sangre de la guerra franco-prusiana. Esto sólo faltaba para que acabara de desacreditarse la diplomacia contemporánea, incapaz para impedir las luchas más violentas que han visto los siglos; y razón habría para que templaran en entusiasmos los admiradores de la generación presente, que con una mano agujera los Alpes, canaliza el istmo de Suez, sumerge los alambres eléctricos en el profundo Océano, mientras con la otra impele á los hombres á destrozarse unos á otros, en guerras estériles para la civilización y para el derecho.

Motivos hay para creer que los norte-americanos han puesto sus ojos en el Canadá, y si así fuera, el alboroto del *Atabama* y el conflicto á que diera lugar no tendrían otro resultado positivo que una espoliación injusta y vandálica, con lo cual los principios anexionistas de Bismark se verían consagrados como el código internacionalista de los tiempos modernos.

Pero también es cierto que los dos rivales se tienen miedo el uno al otro, y que á esta especie de fuerza negativa deben Europa y América el no presenciar un nuevo espectáculo bochornoso para el siglo y la civilización.

El último número de LA ILUSTRACION vieron nuestros abonados los excelentes retratos del emperador y la emperatriz del Brasil. En verdad, por la sencillez de su trago aparentan ser simplemente un caballero y una señora, el uno un poco serio y de mirada perspicaz y penetrante, la otra de rostro afable y bondadoso. Si hay algún rasgo de orgullo en estas expresivas fisonomías, está en la frente de D. Pedro; pero aquel rasgo de orgullo, que no es expresión de una enfática vanidad, como sucede en otros, sino la forma exterior de una superioridad intelectual que ántes seduce y encanta que humilla y mortifica, caracteriza el busto del noble príncipe de un modo admirable. No sé qué hay en él de la figura de Gutenberg, de Tiziano, de Carlomagno, de Galileo.

Don Pedro II tiene actualmente treinta y siete años, y es de todos los soberanos del mundo el que por más tiempo ha vivido en paz con sus súbditos; inaudito ejemplo, y más raro por que lo da la republicana América á la monárquica Europa. Esta paz, que casi nos parece inverosímil á los latinos de aquíende el Atlántico, la ha conseguido el soberano del Brasil por su profundo respeto á la Constitución jurada, y por haberse anticipado siempre á los partidos en la intención de las reformas políticas, no permitiendo que el espíritu público se divorciara de la corona, no dando lugar al terrible advenimiento de las revoluciones. Su actividad para el gobierno no ha impedido á este ilustre príncipe consagrarse al estudio, y por tal motivo es persona que no necesitaría ciertamente de ceñir corona imperial para distinguirse en el mundo.

Como político, América le debe la abolición gradual de la esclavitud; y como sabio ha podido dotar á su patria de corporaciones é institutos científicos que han desarrollado extraordinariamente la cultura en aquellos países.

Don Pedro II se casó en 30 de mayo de 1843 con la princesa Teresa, Cristina, Maria, hermana del rey de Nápoles, y de esta unión han nacido dos princesas, de las cuales la primogénita, heredera de la corona, está casada con el conde de Eu, hijo del duque de Nemours.

De trato afable y simpático, sencillo y franco en sus maneras, el emperador del Brasil cautiva á cuantos le tratan, y admira al mismo tiempo por sus vastos conocimientos en todos los ramos del saber. Cuéntase que uno de sus recreos favoritos, cuando se halla en compañía de literatos ó artistas, es hacerles escribir las respuestas que á cada año sugiera su genio en un álbum

donde ya están impresas ciertas series de preguntas que se repiten en cada hoja. Estos libros están muy en voga en Inglaterra y se llaman *Albums confesionarios*. En el ejemplar que D. Pedro posea se hallan escritas de su puño y letra las siguientes respuestas:

- ¿Qué poeta preferís?
- Byron.
- ¿Qué músico?
- Beethoven.
- ¿Qué pintor?
- Rafael.
- ¿Dónde deseariais estar si no estuviérais donde estais?
- En mi patria.
- ¿Cuál es, á vuestro juicio, la primera de las virtudes?
- La prudencia.
- ¿Y el mayor defecto?
- La mentira.
- ¿Y la mayor felicidad?
- La caridad.
- ¿Y el mayor pesar?
- El que nos causa un amigo.

Estas cuatro palabras muestran mejor que nada lo que siente y lo que piensa el ilustre monarca á quien Europa entera ha recibido con afecto y con admiración. Es natural que despierte tantas simpatías, porque rara vez se ven tantas coronas en una misma cabeza.

De vuelta á su imperio, D. Pedro se detiene algunos días en nuestra península. Al llegar á Madrid su primera visita fué para una corporación literaria de que es miembro corresponsal, la Academia Española; y apesar del elevado carácter del personaje, la solemnidad fué modesta y sencilla como cosa de literatos. Ningun boato oficial ensordeció la calle de Valverde, y aquella casa oscura, sólo abierta hasta hoy para los príncipes del entendimiento, no puso en sus ventanas y balcones ninguna de esas señales de fastidioso regocijo con que se marca el paso de los huéspedes régios. Nuestros inmortales no estarían poco asombrados al verse en familiar compañía con un académico que tiene seis millones de súbditos. Todos los literatos españoles del presente siglo es seguro que no han tenido igual número de lectores.

La misma noche visitó D. Pedro II á D. Manuel I (Breton de los Herreros) emperador de la comedia española, y es fama que ambos soberanos conversaron sobre asuntos internacionales, tales como *El pelo de la cabeza*, *El tercero en discordia*, *A Madrid me vuelvo*. Al día siguiente pasó S. M. I. á Toledo acompañado de D. Pedro Antonio de Alarcón, otro príncipe de la sangre, cuya principal hazaña, *El diario de un testigo de la Guerra de Africa*, conoce aquel perfectamente.

En suma, el emperador del Brasil es persona tan llana, tan amable, y al mismo tiempo tan instruida, que su presencia en Madrid dejará un grato recuerdo en cuantos han tenido la dicha de tratarle.

~

Sigamos hablando de literatos.

¿Qué ingeniosa idea ha tenido la junta directiva de la nascente Sociedad de escritores y artistas! Deseando reunir la mayor cantidad posible de fondos, ha imaginado un espectáculo que por su novedad atraiga considerable número de curiosos, no sólo de Madrid, sino de toda España y aun de Portugal, Francia é Inglaterra.

Una corrida de toros pura y simple, no es ciertamente espectáculo propio para fundar sociedades literarias; pero una corrida de toros del tiempo de Goya, restableciendo los trages de aquella época, no sólo en la cuadrilla, sino en el público, es en realidad una verdadera fiesta histórica capaz de dejar memoria en Madrid por muchos años.

Regla general: no entra en la plaza persona alguna, cualesquiera que sean su edad y sexo, sin llevar el traje correspondiente á los últimos años del siglo pasado y primeros del presente. No habrá excepcion ni tolerancia de ningun género en favor de nadie.

La época no es muy lejana, por lo cual es seguro que no faltarán elementos para tan brillante mascarada. Principien á registrar los madrileños los olvidados y archivados equipos matrimoniales de sus abuelas, y de Eje han de encontrar algunas peñeta de teja, algun broche de plata cuajado de diamantes y otras muchas prendas, que si no podrán ser usadas hoy á causa de su irremediable deterioro, podrán servir de modelo para hacer otras enteramente iguales, verbigracia: el guante hasta el codo, el zapato con tacón de seis pisos, el guardapiés de mar amarillo ó blanco: el *petate*, el *redondo*, la *escaraboya* y otros muchos objetos que, á falta de museo incoercible, existen para asombro de esta generacion

en las estampas colgadas junto á las puertas de alguna prendería hacia la calle de Tudescos ó hacia el Rastro.

Los hombres todos que quieran presenciar esta sin igual corrida, vayan preparando su peluca empolvada, su espada, su casaca y chupa, rematando el disfraz con el sombrero tri-pico, prenda elegantísima de que, segun nuestras noticias, están haciendo ya gran acopio algunos sombrereros de Madrid. Habrá diversidad de trajes, segun el gusto y carácter de cada uno. Las personas graves irán de abates, los elegantes de increíbles, los rumbosos de manolos, los despreocupados de chisperos, los estudiantes de *idem*; y para dar á la fiesta un carácter esencialmente histórico, los republicanos deben vestirse de convencionales, los alfonsinos de vendeanos, los enrlistas de *chamones*, y todos los demas que formen la masa del público con el traje burgués, cuyos inmortales figurines pueden ver sastras y parroquianos en la Academia y en el Museo del Prado.

~

Cada día nos visita un nuevo libro y una nueva publicación periódica. Entre los primeros haremos mención de las *Obras póstumas de D. Obdulio Perce*, jóven poeta alavés que bajó al sepulcro en lo más florido de su edad y cuando principiaba á recoger el fruto de su laboriosidad y talento. Es la eterna historia de los Beequer, de Zamacois, de Monroy, de Bernardo Garcia, enriquecida con un nuevo capítulo.

El Sr. Perce era un verdadero poeta, y su composición el *Posta y el mundo*, aunque dada á la estampa sin corregir, contiene grandes bellezas de forma y un sentido moral harto raro en las musas contemporáneas.

Hemos recibido tambien un pequeño volumen en lengua portuguesa que contiene varios cuentos de Truaba, traducidos á aquel idioma por el Sr. Castro Monteiro. Este libro parece formar parte de una colección que se titula *Primores da litteratura hespannola*. Celebramos que los esfuerzos hechos de algun tiempo acá para entablar buenas relaciones entre ambos paises, den por resultado la comunicacion literaria que tanto falta hace y que no será una verdad mientras no haya muchos traductores, ya españoles, ya lusitanos, que imiten el ejemplo del diligente é ilustrado Sr. Castro Monteiro.

Tambien han llegado á nuestra redaccion dos revistas, la una ilustrada y procedente de Nueva-York, la otra puramente política y de noticias, impresa en Londres. Ambas están escritas en español.

La *América Ilustrada* es una publicación de excelentes condiciones materiales, consagrada á poner en comunicacion á todas las nacionalidades de la América latina. El objeto es laudable, si no sirve de pretexto para una propaganda filibustera contra España, como parecen indicar algunos de sus artículos. *El Eco de Ambos Mundos* nos parece mejor en su confeccion y en sus fines, pues trata de enlazar todos los pueblos latinos de ambos continentes, destruyendo absurdos antagonismos y señalando á nuestra raza un alto ideal no realizado todavía.

~

La falta de espacio impidió en el último número de La Ilustracion acompañar el retrato del señor marqués de Sardoal con una noticia biográfica. El nuevo alcalde de Madrid es persona que goza aquí de generales simpatías. Jóven y perteneciente á una de las principales familias de la nobleza, ha conquistado un buen puesto entre los hombres contemporáneos, no necesitando ciertamente de la condicion de *procer* para distinguirse.

A los treinta años no puede tenerse una historia muy larga. La del marqués de Sardoal principia con mucha honra suya en la memorable campaña parlamentaria que sostuvo en el tristemente famoso Congreso de 1867, postrera legislatura del último reinado. Entonces, representando la union liberal en compañía de los señores Cánovas del Castillo y Giabert, sostuvo el jóven diputado ante una mayoría que serviría eternamente de modelo para los Parlamentos unánimes, los fueros de la justicia y de la opinion pública. Antes gozaba de buena reputacion como estudiante aventajado, y su discurso de grado leído en la Universidad en junio de 66 dió á conocer un publicista confiado que busca en las instituciones liberales de Inglaterra el secreto de la ciencia y el arte del gobierno.

Pero dada principalmente se ha dado á conocer ha sido en las Cortes Constituyentes de 1869 y en las ordinarias de 1871. En ambas legislaturas ha puesto su palabra y su voto al servicio de las aduocaciones liberales, y aún recordamos la extrañeza que causó una discusion sobre materias económicas, en que se veia el caso

singular de tener en un mismo debate al diputado de quien nos ocupamos y el obrero republicano Sr. Alsina, sosteniendo cada cual opiniones aparentemente contrarias á su posicion social y á sus antecedentes. Era, si mal no recordamos, una cuestion de reforma arancelaria: el señor marqués de Sardoal, monárquico y aristócrata, defendia la libertad, y el Sr. Alsina, republicano, obrero é hijo del trabajo, los privilegios.

El sufragio universal ha llevado al señor marqués de Sardoal al primer puesto del primer Ayuntamiento de España. El pueblo de Madrid espera del nuevo alcalde la realizacion de las muchas reformas administrativas, higiénicas y de ornato público iniciadas por su activo antecesor y reclamadas por el vecindario. La situacion del municipio es ménos grave que cuando el Sr. Galdo fué nombrado alcalde primero; y ya que la corporacion cuenta con recursos permanentes, aunque aplicados aún al pago de un gran déficit, mucho se puede hacer, y mucho se hará seguramente, dadas las condiciones de carácter é inteligencia del actual alcalde primero.

No concluiríamos este párrafo sin saludar expresivamente al Sr. Galdo, á quien debe la villa de Madrid una administración entendida y estesa, así como el restablecimiento de los consumos, imprudentemente suprimidos en 1868. El vecindario le debe todas aquellas mejoras que han sido compatibles con la apurada situacion del municipio, y la prensa de Madrid le agradece la sollicitud con que siempre ha tenido en cuenta sus indicaciones en materias de ornato y de policia.

~

Aconsejamos á nuestros lectores que no tomen en serio el desahucamiento de la direccion del globo aerostático, que segun la prensa francesa es debido al astrónomo Mr. Dupuy de Lome. La circunstancia de haberse encargado al *Gaulois* la propagacion de este prodigio, hace que todo el mundo lo tenga por una de las muchas *Alfas de boulevard* de que son órgano oficial aquel y otros diarios callejeros, cuyo lenguaje desenvuelto é insensable trivialidad parecen inamitar constantemente á la Francia humillada y cubierta de luto.

El globo de Mr. Dupuy de Lome no es esférico, no tiene la forma de *bola* que le cuadraba perfectamente, sino afecta la figura de un pez aéreo, con un timón á manera de cola. En la barquilla va un hélice que tornilla en el viento, como el de un vapor torquilla en el agua, y la rotacion de esta pieza movida á brazo, determina, es decir, quiere determinar la marcha horizontal de la máquina. Inútil es decir que esta invasion de los piélagos celestiales la quiere hacer el aeronauta francés á cencerros tapados y por sorpresa, sin contar para nada con las corrientes atmosféricas, ni con las tempestades, á quienes se quiere jugar una mala pasada.

No: más vale que no se molesten los crédulos madrileños mirando al cielo con la esperanza de ver aparecer á Mr. Dupuy de Lome, caballero en su globo. No vendrá; que al ver preconizada por el *Gaulois* la navegacion aerostática, parece como que este problema ha dejado de ser cosa seria. Esa gente cree que se vuela con el cuerpo tan fácilmente como con la imaginacion.

~

Paris, á falta de asuntos graves, se ha ocupado por algunos días de este acontecimiento (llamémosle así) y de la representacion de *Rabagas*, comedia política infamatoria de Victoriano Sardou. Es probable que nuestros lectores tengan noticia de ella. Si aquel príncipe de Mónaco llamado Florestan, que no sabe cómo contentar á sus súbditos; aquel agitador plebeyo que predica una libertad desenfrenada, y en cuanto es llamado al poder manda ametrallar al pueblo; aquella princesa que aconseja al monarca..... en fin: esto es viejo, vñjilísimo, y sin duda de puro conocido ha llamado la atencion. Es imposible negar que la obra está escrita con ingenio y enérgico sarcasmo; pero es profundamente escéptica, y de ella se deduce que no hay más forma de gobierno aceptable que el absolutismo. Esta teoria, ya bastante desacreditada en las regiones de aqueudo el telon, lo está tambien bastante en el escenario, y por este error aún anda *Rabagas* no es otra cosa que una mala comedia.

Esto en Paris. En cuanto á Londres, lo que principalmente atrae la atencion es el famoso pleito Tichborne, en que dos individuos de una misma familia se disputan un nombre ilustre y una fortuna colosal. Aquel será alcanzado sin disputa por uno de los contendientes; pero en cuanto á ésta, es segurísimo que se quedará toda entera pegada á las manos de la gente de curia. Se han hecho venir testigos de la Australia, de la Andria del Sur, de la India, de los puntos más lejanos del globo. Los abogados ganan diariamente sumas

fabulosas; se ha hecho una suscripción nacional para ayudar al demandante en sus fabulosos gastos; se han escrito millones de pliegos de papel. Todo es colosal, todo es inglés en este pleito, que puede ser llamado el *Leviathan* de los pleitos.

De buena gana haría una reseña de este complicado negocio; pero me falta espacio. El lector se hará cargo de él al saber que es un asunto parecido al famoso de Fontanelas, que tanto dió que hablar hace unos ocho ó nueve años.

La creencia general en Inglaterra es que el reclamante, á quien la familia *Tieborne* no quiere reconocer y á quien acusa de usurpador de estado civil, ganará el pleito.

La circunstancia de escribir esta crónica durante el desarrollo de la penosa crisis que ha dado por resultado el ministerio que actualmente preside los destinos del país, nos obliga á dejar para lo último el párrafo referente á la política interior. Inducida la crisis á causa de las disidencias ocurridas en el seno del gabinete presidido por el señor Sagasta, tardó muchos días en ser resuelta, y pasó por varias alternativas que mantuvieron al público en constante indecisión. Creyendo algunos que era indispensable dar participación en el poder á los elementos conservadores procedentes de la unión liberal, se planteó resueltamente el problema de la fusión, algo temeroso sin duda para algunos hombres del antiguo partido progresista. El *memorandum* leído por el rey en el Consejo del 17, y la reunión de notables verificada en palacio el 18, contribuyeron á acelerar la fusión, que por último pudo realizarse el 20, formándose un ministerio compuesto de hombres de ambos partidos, continuando en la Presidencia el Sr. Sagasta y saliendo de sus antiguos compañeros los Sres. Topete, Angulo, Gamunde, Grotzard y entrando los señores Camacho, Rey, Romero Robledo y Martín Herrera.

El tiempo y los acontecimientos dirán si tiene ó no elementos de consistencia y estabilidad el nuevo gabinete.

No es ésta época de grandes alegrías.

La actual generación no está muy abundante de hombres notables por sus altas prendas de carácter, para que la pérdida de uno de ellos no sea ocasión de tristeza y luto. La muerte del señor marqués de Miraflores, acaecida á las nueve de la mañana del 20, ha producido general impresión en Madrid y en España. Pocas veces se ha presenciado tan unánimemente de las diferencias políticas para expresar el sentimiento producido por tal pérdida, aunque el ilustre anciano de quien nos ocupamos no ha necesitado de la muerte para que se le hiciera justicia á su probidad y rectitud; siempre desinteresado, morido siempre en los negocios públicos por motivos patrióticos, ha figurado en la historia parlamentaria de la España contemporánea desde los primeros albores de la vida constitucional.

En la diplomacia, en la administración, en la política, ha desplegado las más raras dotes de prudencia y patriotismo, dotes no muy inherentes por cierto al carácter de nuestros hombres públicos. Ocupando el poder se ha mostrado conciliador y recto, así como en la oposición siempre templado y cuerdo. Por estas razones, así como la afabilidad y amena cortesía de su trato en el mundo y sus virtudes domésticas, el marqués de Miraflores ha bajado al sepulcro sin haber sido objeto

durante su larga vida del odio de persona alguna. Su muerte ha sido apacible y cristiana, como correspondía al que en un discurso memorable dijo: «Mi única ambición es que en mi sepulcro se puedan grabar estas palabras: *aquí yace un hombre de bien.*»

Sentimos que la falta de espacio no nos permita pu-

ras y erigiendo para conservar su memoria monumentos en que el mármol y el bronce, más duraderos que el papel y el pergamino, á través de los siglos la perpetúen. Sólo los españoles, en todo singulares, olvidamos las victorias que tantas veces han coronado nuestros pendones, para recordar siempre con entusiasmo y orgullo las derrotas gloriosas en que los hijos de este noble suelo han lanzado el último aliento peleando por la patria y por la justicia. Por cada vez que nombramos á Lepanto, á Pavia ó á Otumba, brotan mil veces de nuestros labios los santos nombres de Numancia, Sagunto, Trafalgar, Zaragoza y Gerona; que el triunfar obra es en ocasiones del acaso, y el morir como bueno es siempre resolución segura del ánimo entero y levantado, que sabe que de la patria es la vida que de ella se recibe.

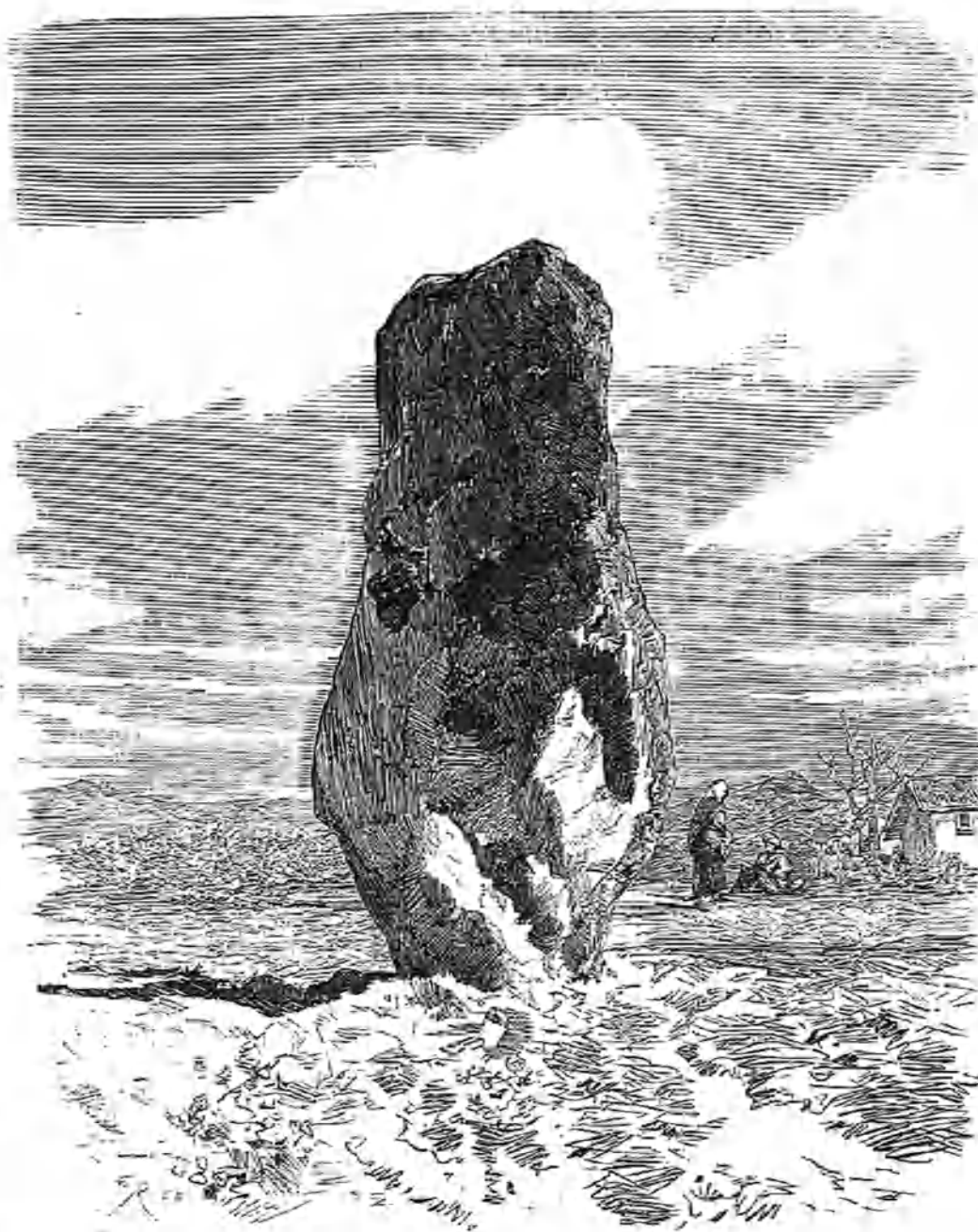
Decrete en buen hora la victoria una Asamblea francesa; en España, cuando de librarla de extranjero yugo se trata, todos los españoles han decretado la muerte. El espíritu español está entero en el bando del gran hombre de Gerona, del sublime mártir de la Independencia, del glorioso don Mariano Alvarez, cuya memoria nunca honrará bastante la patria: «El que pronuncie las palabras capitulación ó rendirse, será pasado por las armas.» — «¿Adónde me retiro, mi general, en caso de derrota?», le pregunta un jefe encargado por él de una misión peligrosa. — «Al cementerio», contesta el héroe.

Esta manera de considerar la guerra es la que nos hace invencibles dando ser y vida á ese general bravo y entendido cual ninguno; que ningún pueblo ha tenido y que todos nos envidian: el general *No importa*. Cuando él nos manda, para conquistar á España es preciso esterminar á todos los españoles; porque mientras quede uno á vida, ese levantará nuestra bandera entre los escombros de Santa Engracia, como la levantaba el noble brigadier Quádras en aquella gran jornada del 4 de agosto.

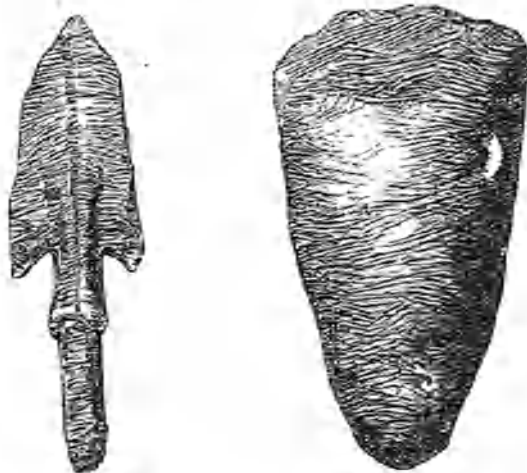
El brigadier Quádras! ¿Quién era ese bravo soldado, cuyo nombre no cita Toreno, y de quien apenas hace mención Alcaide en su historia de los dos sitios? Quádras es sencillamente un caballero español: es noble, es rico, es venturoso al lado de una esposa amada y de tres hijos pequeños; manda en Teruel y ninguna obligación militar le corre de ir á buscar la sepultura en aquella inmensa tumba que se llamaba Zaragoza: honrosamente podía permanecer en la ciudad y distrito confiados á su mando, gozar allí sin peligro de su ventura y riqueza; pero ya os lo he dicho; era español y caballero, y entre la dicha, que en Teruel le rodeaba, y la muerte por la patria, que desde Zaragoza le sonreía, no vaciló un instante y decidió correr á desposarse con la muerte.

Estábamos entonces en plena epopeya. Daoiz, Ruiz y Velarde habían hecho unas Termópilas del Parque de Madrid; y los nombres de los nuevos Leónidas, al llegar de boca en boca hasta la ciudad del Ebro, decidieron á sus nobles hijos á escribir en la historia al lado de la santa fecha del *Dos de Mayo*, la no menos memorable del *Quince de Junio*. En verdad que ni el tío Jorge, ni Mariano Cerezo, ni Zamoray, ni Calvo de Rozas eran hombres de espada ni tenían idea de la ciencia militar; pero... ¡si no se trataba de vencer!... ¡Pensábase sencillamente en morir, y Zaragoza es la ciudad de los mártires!

Lidióse bien aquel día, y el dios Exito coronó al general *No importa*, acaso por mano de la brava Agustina



MONUMENTO CELTA.—LA PIEDRA DEL TIABLO (OLOI).



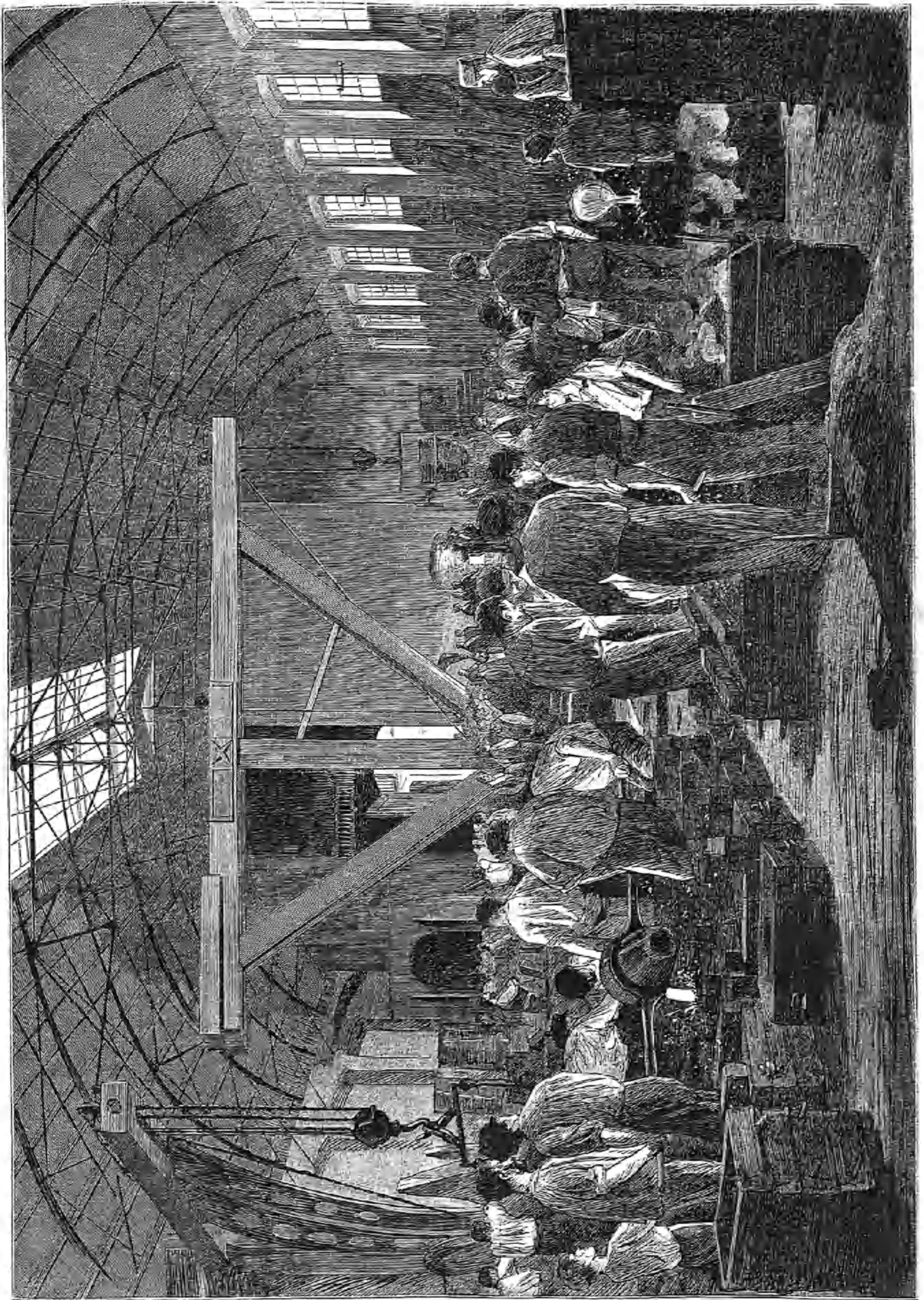
PUNTA DE SARTA DE LA EDAD DE BRONCE Y HACHA DE LA EDAD DE PIEDRA.

blicar hoy la biografía de este ilustre hombre de Estado; pero no hemos querido dejar de escribir estas líneas, tributo de respeto á su memoria.

B. PEREZ GALDÓS.

EL HÉROE DE SANTA ENGRACIA.

Todos los pueblos del mundo, así los antiguos como los modernos, celebran y encomian sus triunfos guerreros afanándose en transmitirlos á las generaciones fu-



FUNDICION CATALANA.

na, cuyo patriotismo levantó una columna francesa. Estábamos entonces, repito, en plena epopeya; y el viento de la guerra llegó a Teruel impregnado en humo de pólvora extranjera y en vapores de sangre española. Aspiró Qüadros aquel aire; ciñóse la espada; renne cien soldados y trescientos palisanos en breves instantes, y al frente de aquel puñado de bravos marcha á buscar la muerte á Zaragoza, donde penetra pasando el Ebro, apesar de estar la ciudad cercada por los primeros soldados del mundo. Lo que Qüadros hacia, valiéndome de la espartana frase del gran Álvarez, era emprender *la retirada al cementerio*.

Era el día 3 de julio de 1808. El refuerzo llevado á la ciudad inmortal por el gobernador de Teruel fué en verdad exiguo; pero, como muy luego se vió, con solo su persona llevaba á los zaragozanos un fuerte socorro; que, como en tiempos remotos decía el buen alférez Gutiérrez Díez de Gamés, á las veces un caballero vale por toda una gran hueste. Era, como decíamos, el 3 de julio de 1808; y la defensa que tan heroicamente habian comenzado los palisanos el 15 de junio, despues de las sangrientas derrotas de Tudela y Mallan, y cuando los militares no creian la poblacion en estado de resistir un sitio, se habia ya militarmente organizado, por más que la poblacion en masa cooperase á ella y en ocasiones tomara la iniciativa en salidas y sorpresas. Los franceses, por su parte, convencidos despues de la *bataille de las eras*, en la que fueron batidos por nuestros palisanos, de que aquellas débiles tapias de la ciudad las convertia en muros inexpugnables el patriotismo de los habitantes, renunciaron á tomarlas de rebato, y apoderados de Torrero, decidieron sitiárlas en toda regla.

El ojo militar de Napoleon el Grande (grande únicamente en esto, que en lo demás no), vió desde Paris lo que Lefebvre no habia visto sobre el terreno: que el punto vulnerable de Zaragoza estaba entre la puerta del Carmen y la de Santa Engracia, y no en la Aljafería, que inútilmente habian atacado los generales franceses. Cambiado el plan de ataque y tomando á Santa Engracia por objetivo, Palafox se apercibió á la defensa de este punto, entonces el más importante; y siéndole imposible aumentar sus trincheras, artillería y guarnicion, fortificólo del único modo que le era dado, poniendo por su comandante general al gobernador de Teruel D. Antonio Qüadros, coronel á la sazón de Guardias Españolas, cuyo valor y pericia habia antes probado en varias comisiones peligrosas que le fueron confiadas desde que á Zaragoza llegó, segun consta de documento original, por él firmado, que se conserva en la Academia de la Historia, y del que tengo á la vista copia testimoniada.

¿Qué proezas habia hecho Qüadros para que allí, donde cada casa era un fuerte y cada habitante un héroe, se le confiara el primer puesto? Lo ignoramos: fuera de haberse perdido los partes y diarios del sitio, eran tiempos aquellos más para manejar la mecha y el fusil que la pluma, y ocupados todos en hacer, nadie se ocupaba de escribir lo que los otros hacian; mas para descollar entre tanto bravo y merecer el lugar primero, gran bravura debió de mostrar.

Para comprender bien la gloria del mártir de la Independencia, cuyo nombre intento robar al olvido, hay que fijarse en una serie de hechos que he de apuntar antes de proseguir los desaliñados renglones que á tan noble propósito consagro. Es para nosotros, y con razon, la guerra de la Independencia el más preclaro timbre de la nacionalidad española; con razon tambien fijamos el punto culminante de esta gigantesca lucha, que resucitó á la Europa, muerta de espanto, en la defensa de las débiles tapias de Zaragoza; y de los dos sitios que la inmortal ciudad sufrió, citamos con mayor orgullo el primero, porque supo resistirlo desprevénida, cuando para el segundo se previno cuanto posible le fué de todo aquello que los tiempos permitian. Pues bien: las venerables, las sagradas ruinas de Santa Engracia, á cuya sola vista palpitan de entusiasmo los corazones españoles y de admiracion los extranjeros, esas ruinas que invocan como alto ejemplo todas las naciones que ven peligrar su independencia, inclusa la misma que las causó, son la epopeya de la epopeya, son lo más grande, lo más sublime de todo lo sublime y lo grande, y en aquella ciudad donde lo heroico era lo natural y corriente, admiró á los mismos á quienes todos admiramos. ¿Qué se hizo allí el *cuatro de agosto* para que sobrepusiera á todo lo que en los días anteriores y aun en aquel mismo se hacia en Zaragoza por todas partes, se sintiese en aquel monton de escombros toda la gloria de una lucha sin igual en la historia del mundo? Y si es así, ¿qué lugar merece en los anales patrios el nombre del ilustre caudillo del puñado de varones esforzados que con su sangre ensangararon allí el más gran-

de monumento que elevarse pueda á la gloria de España?

No voy á historiar sus hechos, porque como en Zaragoza se moría y no se escribía, faltanme los datos para ello. Si los hubiera, años há que el nombre de Qüadros figuraria al lado de los de Doniz y Velarde, como apesar de la injusticia de sus contemporáneos figura hoy el del glorioso Ruiz. Este artículo es un canto á la memoria del héroe de Santa Engracia y no una erónica de proezas que la carcoma del olvido ha robado á nuestra admiracion y á nuestro respeto. Basta á la gloria de Leónidas haber muerto defendiendo la puerta de la Grecia: basta á la de Qüadros haber caído con la última piedra de Santa Engracia, regando con su sangre el polvo de las ruinas, donde, por ella abonado, se ostenta hoy el más hermoso laurel que la guerra ha dado á nuestra patria.

Lucia en el horizonte la aurora del *increíble* cuatro de agosto. Desde la noche anterior el ilustre Palafox habia anunciado al inmortal Roncales que el momento era llegado. Sesenta bocas de fuego, muchas de ellas colocadas á tiro de pistola, hacian llover el hierro en el espacio que media entre la puerta del Carmen y la de Santa Engracia, asestando 30 de éstas sus tiros contra la batería que Qüadros mandaba. Húndese á su impulso las débiles defensas; caen desplomados los muros de Santa Engracia, sepultando al caer en la cripta de los mártires del cristianismo á los mártires de la Independencia; pero aún vive Zaragoza incólume, porque vive Qüadros con algunos de sus compañeros, y separando los escombros que cubren sus cañones, vuelven hierro por hierro al enemigo, sembrando en sus filas la muerte que sobre los nuestros lanzan. Era el *día del juicio* en Zaragoza; y los que aún no habian exhalado el último aliento en las baterías, aguardaban inohando por la patria el momento de comparecer ante Dios, parapetados tras de los cadáveres de sus compañeros. Así lo pinta Torano, así Alcaide y el marqués de Lazan, hermano de Palafox, que presenciaron los sucesos y que en ellos fueron actores. Hay un momento en que nuestros fuegos matan á todos los defensores de una pieza avanzada más que las otras delante de Santa Engracia. Qüadros, con su vista de general, lo ve, y exclama dominado con su voz el infernal estrépito:

—«Una charretera al que clave aquel cañón!»

Un soldado oscuro — Ruiz se llamaba como el héroe del 2 de mayo — salta del parapeto, corre al cañón en medio de un diluvio de balas y metralla; lo clava, y vuelve ileso á la batería. ¿Qué fué de Ruiz? Nadie se ha acordado de decirlo. Tal vez su sangre se mezcló algunos minutos más tarde con la sangre generosa del entonces ya brigadier Qüadros.

No sé qué admirar más. Si el valor del soldado que clava la pieza, ó la confianza del jefe que cree ó advierte que hay entre los que manda hombre capaz de semejante proeza. Bien es verdad que jefe y soldado, dignos el uno del otro, ambos eran españoles, y que el 4 de agosto es el día de lo *increíble*.

Ya no queda piedra sobre piedra en el sepulcro de los innumerables mártires, que en este legendario día han recibido tantos nuevos compañeros: Qüadros vive aún, y con los pocos bravos que le rodean ha hecho una barricada en medio de la calle adonde á brazo transportan la artillería y las municiones, en medio de torrentes de metralla y á pecho descubierta. Lo mismo se combate detrás de sacos de arena que guardado de tapias de tierra cuya elevacion en algunos puntos no excedin de cuatro piés! Comienza de nuevo la lucha: Alcaide, Lazan y el mismo Palafox, en el documento original antes citado, nos hablan del *impartido* Qüadros, poniéndole por modelo á las generaciones futuras. Las treinta piezas de los franceses destruyen la barricada: hay que repararla; y Qüadros, que no tiene ya soldados á quienes mandar, porque está sólo entre cadáveres ó moribundos, sale con una saca de tierra á cubrir un cañón que aún espera poder disparar. El plomo francés le hiere en la frente y muere cuando debia morir para el mundo y empezar á vivir para la gloria; en el momento mismo en que destruidas todas las fortificaciones, agotada la pólvora y concluidos casi los víveres, la defensa militar de Zaragoza habia terminado, y penetrando el enemigo en el Coso y calles comarcanas, empezaba un nuevo 16 de junio.

Hay en España un militar instruido y sabio, don José Gomez de Arceche, tan sabio y tan instruido que apesar de ser autor de la *Geografía histórico-militar de España y Portugal*, libro que colocan sobre su cabeza cuantos conocen la ciencia guerrera en España y en el extranjero, apesar de ser un soldado noble y caballeroso, y de haber tenido á su cargo la subsecretaría del ministerio de la Guerra, no ha pasado de brigadier en

este país de los mariscales de campo y los teniente generales. Esta caballero, no obstante no haberme yo honrado nunca con estrechar su mano, ha tenido la bondad de facilitarme por medio de nuestro comun amigo el celebrado escritor científico D. Angel Rodriguez Arceche, coronel de ingenieros, algunas cuartillas inéditas del 2.º tomo de su *Guerra de la independencia, historia militar de España de 1808 á 1811*, referentes al 4 de agosto y á la muerte del héroe de Santa Engracia, de las que he tomado algunos de los pormenores referidos; pero respetando la virginidad de un libro destinado tal vez á la inmortalidad, agusto de mí el deseo vehemente de dar á conocer las líneas que á este objeto consagra. El primer volumen de esta obra, publicado tiempo há, me causó un placer tan grande cuando á mis manos llegó, que no quiero privar á los que como yo esperan con ansia la aparicion del segundo, del aliciente de la novedad. En otra nacion que no fuera España, el señor Arceche gozaria de inmensa reputacion; pero, ¿de qué me quejé? ¿No he necesitado yo mismo ver en la última Exposicion de pinturas el notable lienzo que el Sr. D. Alejandro Ferrant y Fischermans ha consagrado á la memoria de Qüadros, para pensar que esta memoria, para nosotros tan sagrada, estaba en el olvido más completo? El grabado que reproduce esta bella obra de arte, propiedad de los señores marqueses de San Miguel de la Vega, nietos del héroe, hablará más elocuentemente que la pluma de un poeta, poco avemada á tratar los asuntos con la severidad del historiador, de los altos hechos que son objeto de este artículo.

Hoy, tras tantos años de olvido, empieza á hacerse justicia á la memoria de Qüadros. Corporaciones respetables, entre otras los ayuntamientos de Madrid, Zaragoza y Baéza, donde vió la luz primera; la real Academia de la Historia y los directores de Artillería é Ingenieros en los museos de sus respectivas armas le consagan recuerdos, y acaso no esté lejano el día en que la nacion le honre como debe, que así se honrará á sí misma. ¡Feliz yo si estas pobres líneas, que el corazon hace trazar á mi pluma, pueden contribuir en poco ó en mucho á que la patria deje de mostrarse ingrata con hijos tan preclaros é ilustres como el héroe de Santa Engracia!

LUIS DE EGUILAZ.

EN EL ALBUM

DE LA MALOGRADA NIÑA CLOELDE DOMINGO ?.

Dos momentos en mi vida
Tu nombre han visto mis ojos;
Entre vitores el uno,
Entre lágrimas el otro.
Si estos dos momentos fueron
De tu vida el plazo corto,
Y apenas viviste al mundo
Cuando huiste de nosotros,
Justo es que estos dos instantes
Yo te pague como todos,
Con mis aplausos el uno,
Con mis lágrimas el otro.

LUIS M. DE LARZA.

Madrid, febrero 10 de 1872.

EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

Poco es el espacio que un periódico como *La Ilustración de Madrid* puede ofrecer para tratar del acueducto de Segovia, porque pocos son los monumentos que tienen un nombre tan universalmente conocido, y muy raras son las obras de los mortales que despues de diez y nueve siglos pregonan la grandeza de los que las construyeron prestando la mismísima utilidad que el primer día.

Si copiera alguna duda de los adelantos del pueblo romano, se disiparia al pensar las dificultades previstas para que haya durado nada menos que mil y ochocientos años este magnífico acueducto, apesar de la intemperie, de las injurias de los hombres y de conducir por su cima la destructora corriente de las aguas, con sus peligrosas filtraciones y más peligrosos hielos.

*. Entre ellas! Apenas habia cumplido siete años, cuando volvió al cielo este ángel, este privilegio de precocidad que admiramos en Madrid y adularon en Valencia cuantos existimos á la representación de la bellísima obra dramática del Sr. D. Dámaso El *Palacio Blanco*.

El velo misterioso con que el tiempo le ha cubierto da le un tan respetuoso carácter, que no puede mirarsele sin sentir una profunda veneración. No es extraño, pues, que las generaciones posteriores, anonadadas ante su grandezza, confesaran su admiración y su impotencia creyéndole de origen semi-divino.

Aún es hoy, y el espíritu del pueblo, encantado con tanta maravilla, ya que no puede explicarse su construcción por una mitológica fábula, dice en todos los tonos que el Puente de Segovia—es una cosa del diablo, —que por arriba va el agua— y el vino pasa por bajo.

Pero entre las curiosas tradiciones que se cuentan, voy á permitirle el gusto de copiar una, la más antigua, y cuyo fondo se repite en casi todas, aunque con las variantes de las épocas en que se inventaron. Parece ser que la hubo del gótico, el obispo de Oranse, Segúno, confesor del rey D. Fernando II el año 1191.

Hablando de los lugares poblados por el rey Hispan, parece que la historia gótica, en su capítulo VII, decía: «E junto á la penna é cova escuñada, que dexou Heracles chamada Gobia, pobou ali cidade... Este Rey «habia unha filla mouito linda é fermosa, é habia nome «Iberia, é pedéronla por mulher os Reis de Grecia, «Egipto é Africa, é non querió casar con ningún hasta é «pedirles un don, que os pidió, que ó primeiro acabase «á sua parte é pont pó ende os homes entrasen á vila, é «el que primeiro acobon foé Pirros príncipa de Grecia, «que scabou á pont é cano de agua, é foias á la infanta, «é dixol toudo seir de ver, é foé contenta ela, é dixol «que casaria co él, é que dexase facer á suas partes á «os outros. E fet ali cabeza de regno.»

Hé aquí la fábula al gusto de las gentes godas, que tanta consideración tenían á la mujer, y hé aquí el origen de la cabeza de manco que sobre los más altos pilares coloca la ciudad en su escudo de armas.

La crítica moderna no puede conceder á esta fábula ningún crédito. De ella sólo puede deducirse que la ciudad de Segovia es antiquísima, como lo da á entender su situación y algunos vestigios de remotísima antigüedad, entre los que se cuentan el Hércules de Santo Domingo el Real y los ídolos celtas llamados vulgarmente *marranos de piedra*.

Pero viniendo al origen del puente, bien puede sentarse y á simple vista se conoce, que el acueducto es romano, por encontrarse en él todos los caracteres peculiares á la construcción romana, y su magnificencia advierte la que en aquel tiempo había ya logrado la antigua *Ciudad de Hércules* á que surtía de aguas.

Mas tampoco es menos cierto que en los historiadores latinos se encuentre indicación alguna sobre la época de su construcción, ni el personaje á que se dedicaba, como era costumbre en aquel entonces; lo que presta motivo para asegurar que la ciudad por sí y para sí hizo su puente, sin adular á ningún Mecenas, cuya protección hubiera extendido la fama, que para eso tenía siempre mil trompas dispuestas la antigua capital del Lacio.

Un vestigio queda, que acaso pueda disipar estas dudas. Sobre los tres más elevados arcos hay una cartela ó sobaco que sirve de base á los dos nichos en que debieron colocarse dos estatuas. Esta cartela conserva aún hoy, los agujeros en que se fijó la inscripción que conmemoraba los nombres de los que le construyeron y la época en que se verificó. Las letras han desaparecido.

A principios de este siglo, el ilustrado canónigo don Andrés Gomez Somorrostro, los coroneles de artillería D. Joaquín de Góngora y D. Juan Lopez Pinto y mi querido abuelo D. Victor Villanueva, quienes se afanaron en detenidos trabajos sobre el acueducto y antigüedades de Segovia, quisieron restaurar la inscripción, deduciendo, por los agujeros en que estuvieron fijas, las letras que la componían, con cuyo procedimiento se logró restaurar otra inscripción en Nîmes; pero fueron inútiles sus afanes.

Sin embargo, consignieron sacar á fuerza de mil peligros una copia exactamente proporcional del número y colocación de los agujeros, que con su escala hoy reproduce LA ILUSTRACION DE MADRID, para que otros más ilustrados ó tenaces contribuyan al esclarecimiento de la historia patria.

Las aguas que conduce el puente tienen su nacimiento en el pinar de Balsain, en la falda de la Puenteja, y buscando artificialmente su nivel con mil rodeos, marchan por cañera abierta como unos veinte kilómetros, hasta llegar al arca de sedimento llamada «Caseta de los Cañuelos». Aquí empieza el puente, que mide 17 pies castellanos de altura, é insensiblemente van creciendo sus pilares hasta medir 112 pies en la plaza del Azoguejo, que es la parte que representa la vista que acompaña, tomada desde el punto en que penetra en la muralla de la ciudad. La distancia ocupada por las arcadas es de

2.321 pies, entre los que se embeben 29 pies de inclinación que cuenta su cauce para dar celeridad á las aguas y evitar el que se hieden con su rapidísima corriente.

Los arcos dobles, según se ve por el plano y dibujo que con sus escalas hizo el referido mi abuelo en 1818, el único exacto hasta aquella época, y cuyo original conservo, ascienden á 42, y el total de arcos hasta la muralla es de 119, que con los 42 dobles suman 161, sin contar los cuatro que aún tienen luz y otros mampuestos desde la muralla hácia la plaza de Avendaño.

Las sinuosidades del terreno obligaron á que el acueducto trazara tres ángulos para variar de dirección y poder alcanzar el muro, entre los que al último, en donde empieza la atrevida doble arcada y termina la vista que ofrece la lámina que se acompaña, es de un mérito relevante, como se comprenderá al saber que es casi recto, que con la Peña de la muralla sostienen el largo espacio de la doble arcada y que varía la corriente de Poniente á Norte con una pasmosa facilidad y en cortísimo trecho.

Los pilares más altos están fundados sobre arena y tienen de cimiento 14 pies soterrados; de fondo 12 pies por 8 de frente, dando de luz al arco 16 pies.

Por más detenidamente que se examinen los arcos y pilares de este maravilloso acueducto, no se notará diferencia alguna entre ellos. Tal ha sido el arte de su construcción, que solamente se advierte haciendo una minuciosa medida que los arcos y pilares son de diferentes dimensiones. Los arcos varían entre 14 y 18 pies de luz, y los pilares entre 7 1/2 de fondo por 4 1/2 pies de frente, y 12 por 8 pies, es decir, casi una mitad.

La piedra empleada es el granito sin desvastar ni afilar, tanto que sobresalen bastante unas piedras de otras, sin que interrumpen la pureza de las líneas. «Esto, dice Bosart, que en un principiante sería un crimen, debe mirarse como gala del arquitecto que hizo el puente.»

Los sillares son tan grandes que todos presentan algún frente al exterior, de modo que pueden contarse hasta las piedras de que se compone, y cuando al choque de un cañon de grueso calibre se movió un sillar de su sitio, todos vieron al colocarle que en el interior no contiene cal, mezcla ni hierro alguno que sirva de trabazon.

En su pesadumbre consiste su fortaleza, y la gravedad es su sencilla argamasa.

Tal es el sencillo al par que elegante monumento que lleva el agua á cada casa de esa ciudad caballeresca que fácilmente podría improvisar fuentes y jardines por doquier, prestando así nuevos alientos á los que en él visitan para admirar su catedral y su alcázar, sus castillos y tradiciones feudales.

No me cansaré de repetir el magnífico efecto que produciría en la plaza del Azoguejo un artificio que se elevara á la altura que el acueducto mide en su mayor arcada frente al pilar de la Cruz. ¿Pensará en ello la municipalidad?

Tengo derecho á esperarle de un pueblo que no ha perdonado gusto ni cansinado trabajo para la mejor conservación y mayor lucimiento del puente que ha elegido por escudo y que tiene en mucho poseer.

La historia así lo demuestra.

En tiempo de Enrique IV se arreglaron las caceras.

En tiempo de Isabel la Católica se gastaron *doscientos, trescientos cuarenta y cuatro mil trescientos ochenta y un maravedíes*, en componer los arcos que se destruyeron en esa trágica lucha de la reconquista.

A principios de este siglo tambien se gastaron gruesas sumas en aislarle, abriendo las dos anchas calles en toda su extensión.

Estos últimos años se ha gastado una buena cantidad en reponer lo restaurado en tiempo de Isabel la Católica, como si eso solamente fuera la obra de los hombres, en que el tiempo imprime su pesada huella.

Conservemos, pues, y embellezcamos esta maravilla, y así cumpliremos un deber de honor, é imitando su ejemplo, respetaremos la memoria de nuestros padres.

RICARDO VILLANUEVA.

TALLER DE FUNDICIÓN.

Damos á la estampa en la página 53 del presente número una vista del taller de fundición de que son propietarios los Sres. Comas, hermanos, y el cual se halla establecido en Barcelona.

La fundición es de hierro y está organizada con arreglo á los últimos adelantos de esta importante industria, de modo que no pueda tener la competencia con ninguna otra fábrica de su clase, ni aun con las de sus

propiedades que funcionan en el extranjero, y produce piezas de gran tamaño y de extraordinario peso, como columnas, tornapuntas y cartelones para la construcción, desde el pequeño martinete ó el colosal volante hasta los más pequeños objetos destinados á la ornamentación.

Este vasto establecimiento, uno de los más acreditados entre los de la capital del antiguo Principado, ocupa una gran superficie de terreno, está edificado con sujeción á las reglas y exigencias de la industria que explota, cuenta además del taller de fundición con otro no ménos importante destinado á la construcción de máquinas, de ocupación á un número grande de obreros inteligentes y laboriosos, y produce muestras que patentizan el estado de nuestra industria, no tan decaída como algunos suponen, las cuales dejan entrever lo que sería ésta en nuestro país, tan rico en mineral de hierro, si el laboreo y explotación de las cuencas carboníferas respondiesen á sus apremiantes necesidades.

X.

MONUMENTO CELTA.

LA PIEDRA DEL DIABLO (GERGANÍAS DE OLOT).

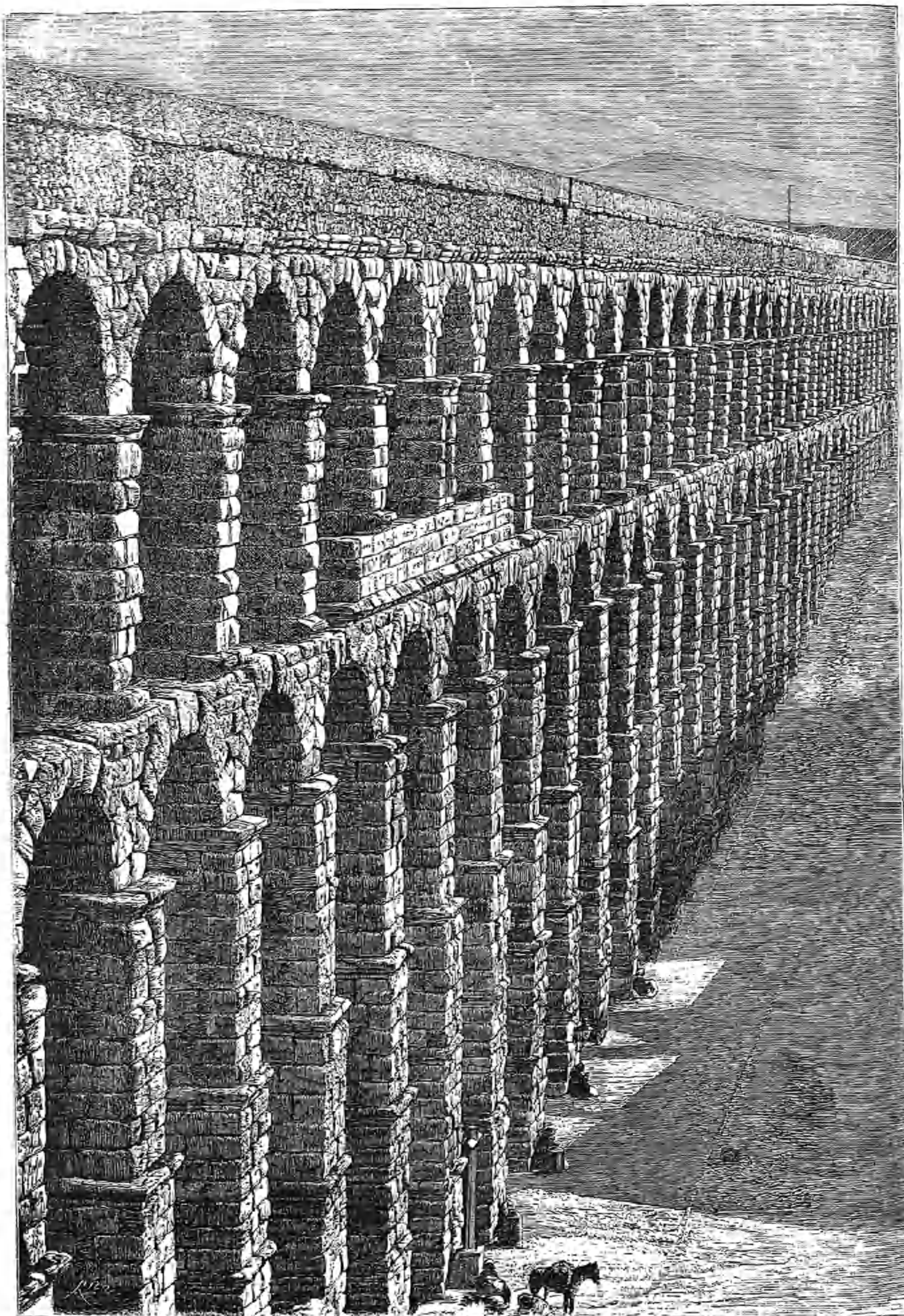
Publicamos hoy en la página 52 las copias de la llamada *Piedra del Diablo*, que no es otra cosa que un menhir celta, de una punta de saeta de la edad de Bronce y de un hacha de la de Piedra dibujadas por nuestro amigo y colaborador artístico el hábil pintor don Joaquín Vayreda, á cuya ilustración se debe en gran parte la fundación del *Centro Artístico de Olot*, cuya sociedad en los tres años que cuenta de existencia ha hecho importantísimos descubrimientos, y es la única de que tenemos noticia que, habiendo nacido de la iniciativa particular, viva y prospere sin el auxilio de protecciones oficiales, fomentando con incansable celo y protegiendo el arte por cuantos medios están á su alcance: su fin principal se cifra en la enseñanza del mismo en sus diversos ramos y aplicaciones.

Consagrados tambien los dignos individuos de esta distinguida corporación, de la que no sabemos haya habido hasta ahora ningún periódico de Madrid, al estudio de los monumentos antiguos, no perdonan sacrificio alguno para enriquecer con el fruto de sus investigaciones el museo que han formado, en el que se coleccionan y ponen á salvo cuantos objetos, no pocos de ellos preciosos, logran descubrir.

Hubo de llegar á conocimiento de la sociedad que existía á unas dos leguas de Olot, por la parte de Santa Pau, cierta piedra de forma y colocación especial, conocida por los naturales del país con el nombre de la *Piedra del Diablo*, é inmediatamente dispuso diputar una comisión para que averiguase los caracteres y naturaleza de la misma y pudiese en claro las distintas opiniones que se venían sustentando acerca de su origen, pues aun entre los socios del *Centro Artístico* esas opiniones aparecían en completa discordancia; y mientras unos suponían que la *Piedra del Diablo* era un monumento celta, otros, teniendo solamente en cuenta los datos que de simple palabra se habían adquirido, creían que podía ser un serolito caído en tiempos ya lejanos, dando con su caída origen á la tradición popular que luego referiremos.

El día 4 del pasado mes de enero desempeñó la comisión su encargo, esmerándose los cinco miembros de que ésta se componía en el examen meditado de la cuestión que debían resolver y que resolvieron con el debido acierto; absolvida minuciosamente la piedra, opinaron por unanimidad que la *Piedra del Diablo* es un menhir celta, opinión que, en virtud de los dibujos y datos recogidos, ha confirmado después el docto antiquario é ilustrado arqueólogo D. Fidel Fita.

Este monumento está situado en el centro del valle de Santa Pau, á dos leguas de la villa de Olot, hácia el S. E. y contiguo al camino que ántes conducía desde esta población á Gerona. Mide desde la superficie del terreno, pues la parte que se halla enterrada debe ser mucha, 2,50 de altura y 0,50 de anchura, y tiene un espesor de 0,20 á 0,30. La forma afecta un rombo y se conoce que fué arreglada simétricamente por su parte inferior. Está colocado casi verticalmente con una ligera inclinación al O. y sus cuatro caras perfectamente relacionadas con los cuatro puntos cardinales; pero la que mira al Oriente es la más lisa y esmerada. Encuéntrase enclavado sobre un lecho de escorias volcánicas completamente distintas de la materia de que se compone esta notable piedra, de cuya calidad tampoco se ve ninguna otra en el país sino es á larga distancia del sitio en que ésta ocupa y en puntos ménos elevados.



ACUEDUCTO DE SEGOVIA.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.

SITIO DE ZAHARA. — CUADRO DE DON ALEJANDRO PERRANT, DIBUJO DEL MISMO.

En cuanto á su naturaleza, basta decir que es de basalto puro muy pesado, igual á las formaciones de la misma índole que existen en varios puntos de la provincia. En la superficie no se descubre signo alguno ni otra cosa que unos surcos de poca profundidad que corren á lo largo de su extension, quebrados y sin orden, pero paralelos unos á otros; esto parece indicar que aquella masa fué trasportada hasta el lugar en que descansa por medio de arrastra, toda vez que esos accidentes no se ven en otros fragmentos del mismo basalto.

Su parte superior está cubierta con tres clases de líquenes; el *parietina parietina*, el *lecanora parella* y el *lecanora sarracena*; los que extendiéndose en una capa muy considerable, singularmente en lo más alto, suponen en su formación, dada la posición de la piedra, una larga serie de siglos.

No se ha averiguado, y conviene que para conseguirlo continúen los estudios y exploraciones comenzados, si este menhir es funerario, conmemorativo ó religioso; nos inclinamos á creer que será conmemorativo de alguna batalla, ya por alzarse en un sitio sumamente estratégico, sobre la confluencia de dos arroyos profundos, ya por la circunstancia no desatendible de haberse recogido en sus inmediaciones y en todo aquel valle, allex con forma de hachas, y puntas de flechas de bronce.

Entre las innumerables tradiciones en que la fértil imaginación del vulgo encuentra el origen misterioso de la *Piedra del Diablo*, corre más generalizada y áun creída la siguiente: Cuentan los sencillos campesinos que en las inmediaciones de Gerona, una jóven y bella pastora ofreció su alma al diablo si antes de las doce de la noche la pasaba á la ribera opuesta del río Ter, dejándola sana y salva de todo peligro en el sitio en que la esperaba su amante; aceptado el pacto por el ángel malo, construyó, sin perder momento, un puente que aún existe, empleando en la obra enormes piedras que tuvo necesidad de trasladar nada ménos que desde la cima de los Pirineos; pero al llegar con el último peñasco sonaron las doce, y produciendo un estruendo tan horrendo que parecía conmoverse toda la tierra, lo dejó caer en el punto en que hoy se halla.

Concluiremos estos brevísimos apuntes excitando el celo feudo y patriótico de los socios del *Centro Artístico de Olot*, y pidiéndoles continúen con el que hasta ahora han demostrado, las noble tareas que tan provechosas son en aquella comarca y aun en toda España. Sabemos que uno de los miembros de aquella corporación describió unos sepuleros celtas, abiertos en la peña, en el valle de las Planas, y nos congratlamos con la esperanza de que no serán éstos los últimos descubrimientos que les deba la ciencia, y de que llegarán á reunir muchos é interesantes datos, que indodablemente servirán de base firmísima para conocer la primitiva historia de aquellas hermosísimas regiones.

X.

INUNDACIONES EN LA PROVINCIA DE PALENCIA.

Los copiosos aguaceros que sobrevinieron en esa rica comarca de Castilla la Vieja durante los días 4, 5 y 6 del actual, ocasionaron el desbordamiento de gran parte de los ríos y arroyos que, ganando sus naturales límites, inundaron gran parte de aquellos campos, llevando el terror y la consternación consiguientes á las habitantes de los pueblos.

Durante el día 5, sobre todo, el río Carrion engrosó considerablemente su caudal y lo mismo el Ucieza y sus arroyos afluyentes. Las aguas rodearon casi por completo el pequeño pueblo de Piña, cuyos vecinos alarmados pidieron socorro á Palencia y abrieron paso á las aguas al través de la vía férrea que se dirige de esta capital á Santander.

Desde mediados de la tarde se supo que en una de las casetas de los guardas de la vía se hallaba una familia reducida por las aguas y en inminente riesgo de perecer. El torrente se había desbordado por un lado de la vía, interceptando el paso de la caseta, cuyos infelices habitantes pedían socorro.

Vanos fueron los primeros esfuerzos de algunos que se ofrecieron, en medio del temporal, á aproximarse y echarles una gruesa rama de cuerda y aun á tender algunas tablas que el agua arrastró. Cuando el gobernador de la provincia tuvo noticia de este peligro, envió al señor oficial de Fomento D. Manuel Martínez Gurrea, acompañado del inspector de vigilancia y de algunos individuos de policía, para que marchando en una máquina especial procurasen salvarlos.

El Sr. Martínez Gurrea pidió una barca pequeña (diji-

ca acaso que existía en Palencia en poder del Sr. Romero Herrero), y la hizo colocar sobre un wagon para emplearla para la salvación.

Brindóse á tripularla y dirigirla el celoso empleado D. Francisco de la Muela, portero del gobierno civil, y persona cuya bravura y decisión son conocidas en la capital.

Llegados al sitio en que se hallaban aquellos infelices, despues de haber marchado con harto peligro y cuidado por la vía, á la que rodeaba casi en toda su extension un mar de agua, la máquina se detuvo y el intrépido Muela se lanzó sólo en la barca, desafiando á la impetuosa corriente, al diluvio de agua que caía y á la casi completa oscuridad que reinaba.

Agarrado al cable que desde la caseta llegaba á la vía, se dirigió animoso á salvar á los desgraciados que hacia algunas horas pedían socorro y esperaban de un momento á otro ser arrastrados con el débil edificio que les amparaba.

Eran los que estaban en tan grave situación, el empleado de la caseta, su esposa con cuatro niños pequeños y embarazada, y un pariente de ellos; en suma, siete personas.

Cuando Muela llegó á la puerta, que ya inundaba la corriente, los infelices se negaron á entrar en la barca; ¡tan imponente y terrible era el espectáculo que las aguas ofrecían! Su salvador, para demostrarles que con la barca no corrían peligro, fué y volvió dos veces hasta la vía, animándolos con sus palabras, y entonces los hombres se determinaron á embarcarse y decidieron á la mujer y á los niños á que hicieran lo mismo.

A la una de la noche, cuando las aguas crecían considerablemente y sufriendo un verdadero vendabal acompañado de una horrorosa lluvia, el valiente empleado llevó á la vía en su ligera barca á todos los que se hallaban en la caseta.

Tan heroico suceso ha producido inmensa satisfacción en el vecindario palentino, que durante algunas horas estuvo esperando con pánico ansiedad la terrible nueva de que el agua hubiera arrastrado á los infelices.

El Sr. Muela, modesto y antiguo empleado y padre de una numerosa familia, ha recibido los plácemes y felicitaciones de sus convecinos, y creemos que en el mismo día el Sr. Gobernador debió poner en conocimiento del Gobierno un hecho tan notable, que justamente merece ser recompensado.

También el Sr. Martínez Gurrea ha tenido la satisfacción de recibir muchas enhorabuena por su cooperación y excelentes disposiciones en esa noche.

El río Carrion se ha desbordado considerablemente en la ciudad de Palencia, inundando las huertas, pero no ha habido desgracias que lamentar.

B.

TEATROS.

Obispo—*Nobles obligo*, drama en tres actos y en verso, por don Antonio García Gutiérrez.—*La mujer comprada*, comedia en tres actos y en verso, por D. José Marco.—Otros señores teatrales.

Un acontecimiento literario de verdadera importancia ha logrado interrumpir la marcha uniforme y monótona del arte dramático español en la presente temporada.

Cuando las ocasiones que para aplaudirlos con justicia nos proporcionan nuestros escritores son en tan escaso número y tan de tarde en tarde aparecen, natural es que cuantos se ocupan en asuntos de esta índole celebren el merecido éxito del drama *Nobles obligo*, y con alborozo sincero y cariñoso interés lo estudien y lo analicen.

Que *Nobles obligo* es muy inferior á otras obras de García Gutiérrez, nos parece verdad indiscutible. Muchas obras de Calderón son inferiores á *La vida es sueño*; inferiores á *El doctor con el doctor* son casi todas las de Moreto; esto, sin embargo, y apesar de tal inferioridad, las citadas obras son como de Moreto y como de Calderón; así, *Nobles obligo* es, con todos sus defectos, como del autor de *Juan Lorenzo* y de *El rey monje*.

Entiéndase, ante todo, que no colocamos entre esos defectos la falta de originalidad, que es para muchos en cuestiones literarias capital pecado, y que en nuestro juicio ni aun por venial debe tenerse. Un pensamiento no es obra de arte, ni una situación constituye un drama.

Nadie ignora, si no es ya que por completo desconoce la naturaleza especial de las obras de arte, que para el poeta el asunto concreto, el pensamiento desanado de una comedia ó de un drama, representa casi siempre insignificante trabajo. En el misterioso y aún no estru-

diado desenvolvimiento de la creación artística, la idea primordial aparece en la mayor parte de los casos espontáneamente y sin esfuerzo alguno. Una frase aislada, un suceso inadvertido para la generalidad, ora una ilusión, á las veces un sueño, fijase tenazmente en el cerebro del artista; el caprín dácil recibe sin explicares aquellas impresiones, y con esto la concepción está realizada.

Hasta aquí el artista nada ha puesto de su parte; hasta aquí puede y debe ser considerado como extraño á su obra; desde aquí comienza su tarea. Dar forma á ese pensamiento; hacer que la idea encarne, si así puede decirse, en un acontecimiento; comunicar al asunto vida real, existencia propia, esto constituye su verdadero trabajo.

Si la existencia de un pensamiento fuere lo esencial á las bellas artes, ¿quién acertaría á decirnos cómo un asunto mismo escogido por distintos escritores puede producir un trabajo excelente ó una obra insufrible?

Entreguemos—no ya una simple idea, no ya una situación sola—un plan completo para cualquier trabajo artístico á varias personas; concedamos á cada una el tiempo que juzgase necesario para concluirle, y antes de conocer el resultado, puede asegurarse sin vacilación, sin temor alguno, que, pareciéndose todas las obras en el fondo, siendo idénticas en la distribución de sus elementos, se diferenciarán unas de otras en ese *quid distimum* que los artistas habrán comunicado á las suyas y que faltará en todas las demas.

¿Qué es, pues, ó qué significa esa pretendida originalidad en las obras literarias? ¿Era acaso nuevo en tiempo de Byron el pensamiento de *Don Juan*? ¿No se había predicado antes de Alarcon la doctrina que encierra *La verdad sospechosa*? ¿Puede sostenerse la originalidad del asunto de *La divina comedia*? ¿No hay en el plan de la *Vida es sueño* reminiscencias de algun escritor latino?

Dejemos, pues, al poeta coger sus asuntos dónde, cómo y cuándo á sus propósitos y á sus aspiraciones convenga; y cuando despues de hacerlo así, cuando despues de encerrar en su espíritu una idea propia ó ajena, por obra y gracia de su elaboracion inexplicable, la devuelva al mundo embellecida y transformada en *El alcalde de Zalamea*, en *Hamlet* ó en *París*, no procuremos investigar lo que sobre ser difícil siempre y á veces imposible, nada nuevo nos diría despues de averiguado.

Por esto hemos dicho que la circunstancia de ser ya sobradamente conocida una de las principales situaciones y su disputa la más dramática de *Nobles obligo*, no disminuye á nuestros ojos su valor, ántes creemos que lo aumenta, pues desnuda del efecto—poderoso siempre para el público—de la novedad, se presenta en más desfavorables condiciones.

Para los que buscan en el teatro enseñanza directa, lecciones morales expuestas en fastidiosas pláticas que los interlocutores se dirigen mutuamente, *Nobles obligo* ha de ser por precisión un drama incompleto, pues apesar de lo que su título mismo parece prometer, en efecto la obra carece de un verdadero pensamiento. En nuestra opinión, el fin único del poeta en este caso ha sido presentar un cuadro histórico de las costumbres españolas en el siglo XVII, siendo la acción que en la obra se desenvuelve, no el propósito principal, si sólo el medio práctico de llevar el cuadro á la escena.

Si otra cosa se ha propuesto el autor; si á exponer un pensamiento capital aspiraba, declaramos con franqueza que para nosotros no lo ha conseguido.

Creando, pues, firmemente, como creemos, que *Nobles obligo* es—nada más, nada menos—un cuadro de costumbres de la citada época, y aceptando este punto de vista, único que á nuestro parecer le conviene, entendemos que es un cuadro bellissimo, bien que en él, como en casi todos los retratos, aparezca demasiado favorecido el original. Felicisimas pinceladas, rasgos magistrales y hasta sabor de época hay en *Nobles obligo*, que, prescindiendo ahora de otras galas simplemente formales, bastarian para dar importancia no escasas y gran precio á su aparicion.

No son, sin embargo, todas las figuras que en el cuadro aparecen dechado de perfección artística; y si es cierto que en situaciones determinadas de la obra se ofrecen á nuestros ojos vigorosamente delineadas y definidas con claridad, casi todas—ya que no todas ellas—cambian en ciertos casos más de lo que á la verosimilitud convendría; y cosa extraña la que puede llamarse figura principal, la que sin duda se ha delineado con más cariño, es la que, en efecto, ha resultado más incorrecta; doña María del Barco, anciana virtuosa,—según pública voz y fama, y según tambien lo que de sus prácticas religiosas y de sus procederes nobles se

desprende—es un conjunto anómalo de buenos instintos y de pasiones malas, de humildad cristiana y de satánico orgullo, cariñosa en un caso, altanera en otro; vengativa á veces, generosa en ocasiones; ni sabe quejarse sin ofender, ni perdonar sin ser engañada.

En la desconsolada madre, cuyo hijo único acaba de morir, todo es admisible; ninguna pasión puede sobreponerse al amor maternal. Si las leyes de la hospitalidad inquebrantables para un noble, la obligan á ocultar al matador de su hijo, cumplido este deber, y cuando ya el techo hospitalario no cubre al que huye, la madre, gritando desde el balcón: «¡el asesino! toda mi hacienda será del que se apodere de él

Sobre todo si lo mata.»

es un carácter real. Hay verdad en esta situación, y si los partidarios de un idealismo exagerado recuerdan otras escenas parecidas en las cuales una madre se ha mostrado digna competidora y émula de Guzman el Bueno y de Bruto, nadie que vislumbre siquiera lo que es el corazón de una madre podrá desconocer que la retratada por García Gutiérrez en esta situación del drama es la que más se aproxima á la verdad.

Pero si hallamos justificado, más todavía, bellísimo, este rasgo en que el poeta pinta magistralmente al arrebatado ciego de la madre herida en lo más sensible de su alma, creemos que la persistencia en su deseo de estéril venganza ni es natural ni está en lo verosímil.

Los dolores muy agudos, las penas intensísimas, nunca son duraderas; ó matan, ó el tiempo mitiga y atenúa ineludiblemente sus efectos. A la ceguedad de la ira, al movimiento irreflexivo de la impresión primera, suceden necesariamente, precisamente, la calma y la serenidad; y entonces, si es natural, si es justo que la madre, sola y desconsolada, permanezca sumida en triste y melancólico llanto, lo es también que trate con dulzura y no con dureza á sus parientes y allegados. El pesar nos hace egoístas, es cierto; pero cuando llega á colocar nuestro ánimo en el estado de *resignación humilde* en que el poeta presenta á doña María del Arco, cuando se llega hasta el extremo de aceptar la desgracia como providencial castigo, entonces el hombre más obstinado se siente inclinado á perdonar, la mujer perdona.

Si hay en el cuadro cierta viuda un sí es no es varonil y algo desenvuelta para el fingido recato que por entonces se estilaba, y aun para la honra que *le sobra*—según sus palabras mismas,—si hay un D. Luis excesivamente celoso y más atrevido de lo que las conveniencias de su posición exigen; si no aparece del todo explicada la presencia de un delicioso criado, tal vez demasiado hablador; si hemos de dilucidarlo ahora, ni en todo caso serían éstas otra cosa que insignificantes lunetas, compensadas con exceso por bellezas innumerables.

El desenvolvimiento del plan no justifica ciertamente el título de la obra; título que, cuando más, puede convenir á dos ó tres escenas del acto segundo. La verdad es que *la nobleza*—la natural como la heredada—influye muy poco en la conducta de doña María del Arco, obligándola únicamente á no delatar al hombre á quien ha ofrecido hospitalidad; por esto, en concepto de muchas personas, el drama termina en el acto segundo.

En el tercero, doña María se niega obstinadamente, con una tenacidad cruel é injustificada, en no perdonar, y sólo perdona cuando el criado á que ya hemos aludido inventa una *mentira piadosa*, en la cual creen con idéntica fe todos los personajes del drama. Qué la desconsolada madre, cuyas facultades intelectuales es dable suponer algo alteradas, se deje embucar y aceptar como cierta la fábula inventada á última hora por el criado, cabe en la verosimilitud; pero que la narración—autorizada solamente por la palabra del criado—sea creída de la misma manera por todos los demás actores, parece muy violento. Violento, y mucho, es asimismo todo lo demás que en el tercer acto acontece. Digase cuanto se quiera sobre la *fiereza de la mujer*, un cariño de muchos años no puede tornarse animadversión y aborrecimiento en pocos minutos; el hermano de doña María, por consiguiente, pretendiendo matar al que consideró siempre como hijo, no puede aceptarse, aunque para aceptarlo nos traslademos á la época en que la acción se verifica; más verosímil en esto el carácter de doña María, no cambia bruscamente en amor el odio que antes abrigaba.

La elevación de los pensamientos, la belleza de la forma, hacen, no obstante, estimable este acto tercero, que sin estas condiciones no habría conseguido salvarse, apesar de las prodigiosas muestras de habilidad y de ingenio que en su preparación ha dado el eminente Poeta D. Antonio García Gutiérrez.

No de tanta importancia literaria, pero sin duda de más positivos resultados para la empresa y para el autor, ha sido—y continúa siendo—la comedia en tres actos y en verso *La mujer compuesta*. Permanece el nuevo trabajo del Sr. Marco á ese género inofensivo y honesto que podría llamarse sin gran impropiedad *Tercero de las familias*. La colegiala inocente, el imberbe mozo, la esposa honesta, la recatada viuda, cuantos tienen todavía pudor en nuestra sociedad pervertida, pueden asistir sin desconfianza á la representación de *La mujer compuesta*; nada hallarán en sus tres actos que pueda alarmar la susceptibilidad nerviosa de una esposa de Jaenaristo.

Dícese que cuando recorría los teatros de Alemania el drama de Schiller titulado *Los bandidos*, dieron los jóvenes de aquel país en la manía de hacerse ladrones. Prescindiendo de este dato histórico, cuya exactitud es problemática, lo que nuestros padres han conocido y aun hemos nosotros vislumbrado, son los efectos perniciosos del romanticismo: está, pues, fuera de duda que los poetas atrevidos son perjudiciales á la sociedad; de aquí la precisión de inventar otra poesía discreta, de aquí la absoluta necesidad de crear *poetas de las familias*, que ni por descuido incurren en delito de originalidad, y á quienes jamás ocurra la idea de dar á sus cuadros un colorido que pueda ofender nuestra vista delicada, ni ofrecer alimento demasiado fuerte para nuestros estómagos enfermizos.

En este género *La mujer compuesta* es un verdadero modelo. Sosegada y tranquilamente dicen varias personas cosas muy juiciosas y muy sensatas en el primer acto: continúan diciéndolas en el segundo; prosiguen diciéndolas en el tercero; insisten en repetir las en el... no, en el cuarto no las repiten, porque la comedia concluye con el tercero; pero podrían sin dificultad volver á repetir las indefinidamente sin que la obra estuviera mejor ó peor acabada.

La enseñanza que de la comedia resulta no está bien definida, y es lástima en verdad, porque cuando la intención del poeta es dar consejos, desaconsela no poder recibirlos.

«¿Qué debo hacer? se pregunta quizás una joven esposa, ¿qué debo hacer para no disgustar á mi marido? Y el poeta responde presentando en escena dos esposas con *seños* esposos.

Margarita no cuida de componerse y hasta al marido; Julia se compone, y... también le hasta. ¡Horrible perspectiva!

Cierto es que el poeta mismo, disfrazado de criada de Margarita, pronuncia diferentes discursos en que se celebran las excelencias de un justo medio; pero ya es sabido que los sermones producen muy poco efecto en el teatro.

En la acción ha de hallarse el consejo, de la acción ha de brotar la enseñanza, y en la acción de *La mujer compuesta* hay dos mujeres que fastidian á sus maridos respectivos, la una por componerse y por no componerse la otra.

Hay más: cuando Julia no se componía, Juan, su esposo, era dado á obsequiar á las *serripantas*, y hasta compró—en día aciago—un par de botitas á una de ellas; pero abandonó tan feo vicio viendo que su mujer principiaba á gustar lujo. Viceversa, mientras Margarita se presenta sin ahiño y sin galas, contentase Enrique, su esposo, con aburrirse; pero luego que Margarita se arregla, entróle á Enrique la manía de buscar aventuras en los Bufos. (Y aún habrá quien sostenga que las mismas causas producen los mismos efectos? ¿Pero y después de todo, continuará preguntando la joven esposa, conviene ó no conviene que yo me componga?

En esto nosotros sólo podemos decirle que no están conformes los autores ni parece estarlo consigo mismo el autor de *La mujer compuesta*.

Que Enrique es un grosero, excesivamente grosero, no puede negarse; que en el mundo hay hombres groseros, es exacto; lo que no es exacto y por consiguiente sí puede negarse, es que una persona culta y medianamente educada diga á su mujer delante de personas extrañas que se aburra en el hogar doméstico y que le hasta la dicha conyugal; lo que puede negarse también es que ese hombre medianamente educado diga á sus huéspedes que los ha reunido en su casa para que le diviertan, y lo que puede negarse todavía con más razón es la existencia de un *carrión impertinente* de nuestra índole que pretenda, no ya probar en la piedra de toque de la seducción la virtud de su esposa, sino hacerla pecar cuando menos con el pensamiento; famoso marido! Tal es Juan.

Por fortuna, Juan como Margarita, Julia como Enrique, son personas de buen componer, y todo se arregla cuando parecen más desarreglado.

La versificación algo desuonada; no muy poética, ni excesivamente culta, la locución; pobres los recursos escénicos—reducidos en su mayor parte á escuchar detrás de las cortinas—y verdadera gracia en algunos chistes, hacen que la parte formal de la comedia sea, como su fondo, un trabajo discreto, digno de estimación, ya que no de aplauso, y... nada más.

No hemos de dar punto á nuestras observaciones sin recordar que entre los dos acontecimientos literarios de que hemos dado noticia, se verificó en el teatro Martín la representación de *El matrimonio y la ley*, drama en tres actos y en prosa, original de D. Mariano Ballasteros.

Si nosotros dijésemos que el drama nos había parecido muy bueno, faltaríamos á la verdad, y sobre no ser esta nuestra costumbre, queremos demasiado al autor para no hablarle con entera franqueza. *El matrimonio y la ley* es la obra de un poeta, el que ha concebido aquellos caracteres y los ha dado vida, el que ha sentido aquellas situaciones y las ha hecho sentir, tiene estro poético y tiene inspiración; esto es justamente lo que no se adquiere. La práctica, el conocimiento del teatro, la oportunidad en el empleo de los recursos y el tacto en la elección del asunto, fácilmente se alcanzan con la experiencia.

El asunto no es dramático; el primer acto resulta monótono, el tercero violento; pero el segundo tiene bellezas de primer orden, que revelan en el autor buen gusto y trato frecuente con nuestros clásicos.

Méenos disertaciones y más acción; más movimiento y méenos perfiles, y sobre todo elección de un asunto dramático, proporcionarán, lo esperamos así, al señor Ballasteros triunfos legítimos y merecidos aplausos.

A. SANCHEZ PEREZ.

CORONA SEPULCRAL DE CASTAÑÓN.

Nuestro corresponsal de la Habana nos remite la copia de la magnífica corona dedicada á la memoria del infortunado é ilustre patriota D. Gonzalo Castañón, asesinado en Cayo-Hueso por cinco refugiados cubanos en el mes de febrero de 1870.

En el número de LA ILUSTRACION correspondiente al día 12 de marzo de dicho año publicamos el retrato de Castañón, pagando así el merecido tributo de estimación y respeto á las virtudes del que fué modelo de patriotismo y víctima de su conñada caballerosidad y ejemplar abnegación; hoy, uniendo nuestros sentimientos á los de los nobles hijos de Cuba, nuestros hermanos, que acaban de consagrarle esta ofrenda, demostramos una vez más que si hay algo impercedero es el recuerdo de los mártires de la patria, el recuerdo de los que sacrifican su vida á la más santa de las causas, á la defensa de la honra y de la integridad de España.

X.

ESCURSIONES CASTELLANAS.

(APUNTES ARQUEOLÓGICOS.)

(Continúa.)

En una de las capillas de su pared lateral izquierda y al lado de otro enterramiento vulgar de tosca figura, estuvo el famoso romano siglos enteros: el actual párroco lo trasladó á una capilla situada en el lienzo opuesto, de donde lo examiné y dibujé, mientras un concurso grande de aldeanos rezaba el rosario con monótono son. La contemplación de tan singular resto me dejó maravillado y desde luego me convencí al verlo de que, ni el asunto que supuso Morales que representa su hermoso relieve, ni el que posteriormente dijo que era algun académico que visitó el templo, estaban muy conformes con lo que aquellas múltiples figuras quieren representar. Es el sepulcro una caja rectangular de mármol, sin cubierta alguna, que tiene en las caras frontal y laterales hasta unas veinte figuras admirablemente esculpidas, aunque de trazado un poco rudo, y en muy buen estado de conservación. Desde luego las opiniones de las personas que he indicado, ni la primera que dice ser el combate de los Horacios y Curiosos, ni la segunda que se inclina á creer que fuera la última noche de Troya, podían satisfacerme. Consultélo á mi vuelta á Palencia con un estudioso sacerdote, la persona más ilustrada que en estudios romanos tiene la población, y á vuelta de algunos cortos debates sobre ciertos detalles, convinimos en que el relieve del famoso sepulcro representa la tragedia de Orestes.

En el frente lateral de la derecha hay un soldado griego que conduce prisioneros á dos troyanos, simbolización gráfica de la guerra de Troya, en que Agamenon tomó tanta parte. Su hijo, el valeroso Orestes, indignado por la conducta de Clitemnestra, su madre, que vivía en criminal consorcio con Egistos, y atemorizado por el proyecto que ambos tenían de matarle, se ha expatriado con su esposa, y ambos aparecen en el primer grupo de la cara frontal, á la derecha, lamentándose, y se indica que están en el destierro por el dios Término que separa esta escena de la siguiente. En esta se vé fielmente representada la catástrofe: Orestes, acompañado de Píldes, mata á Clitemnestra y á Egistos.

Nada más he sabido ni he visto de estudios romanos; sin embargo, tal vez antes que termine el año habrá hecho algunas investigaciones entre las antiguas Lacobriga (Carrión) y Dessobriga (Osorno), en Poblacion y Frómista, donde se han encontrado, labrando las tierras, algunos vestigios notables; y por donde pasó la famosa vía de Astorga á Burdeos.

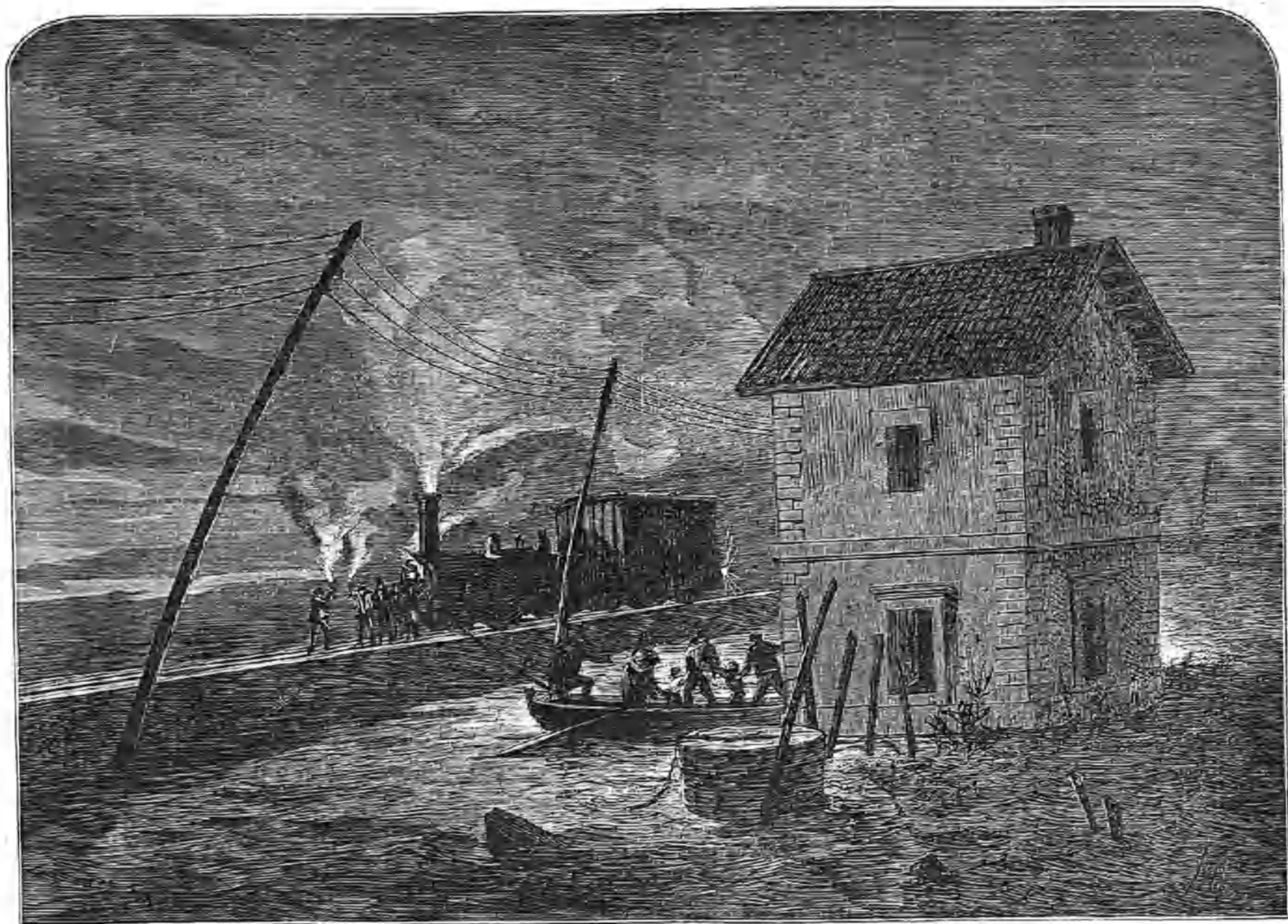
De la época visigoda nada he podido encontrar sino el preciosísimo resto bizantino de la ermita de San Juan de Baños.

Baños es un pueblecito situado á dos leguas S. de Palencia, que da nombre á la estación del ferro-carril del Norte, en la que bifurca la línea que más adelante

con la cruz griega en la clave, algunos arranques exteriores y una imposta sencilla que adorna las paredes, y algunos sillares exteriores.

Con tan curiosa joya del arte se ha salvado al través de los tiempos otra de no menos valor.

Es la estatua bizantina de San Juan Bautista, tallada en alabastro y como de unos setenta centímetros de altura; raro y precioso ejemplar, que conservando aún muchos detalles, el colorido y el dorado, se presta á un detenido estudio iconográfico, la cual, cuando la ermita se rehabilitó para el culto, fué colocada en el centro de un altar churrigueresco que trajeron de algun templo cercano. Encima de él, en el centro de un arco de betra-



INUNDACIONES EN LA PROVINCIA DE PALENCIA.

que yacía á sus piés, viéndose aún á este último pendiente del techo usurpado; las fortas perfectamente caracterizadas y medio veladas se ven también allí atormentando á Orestes.

En el grupo inmediato Eleutra, su hermana, y varios individuos de la familia, lloran y se muestran horrorizados por el crimen.

La escena representada en el lienzo lateral de la izquierda es Orestes reconciliándose con su hermana en el templo de Diana Táurica.

Tal opinión ha sido posteriormente admitida, á lo ménos en el fondo, por el ilustrado académico que recientemente ha escrito una monografía sobre esta joya artística, y la cual aún no he tenido ocasión de leer. Cuando visité la aldea, sus vecinos estaban acogojados por la noticia de que muy pronto sé incomparable sepulcro sería llevado á Madrid.

Allí dejé en aquella pobre iglesia, una bellísima Virgen del período ojival primitivo; sentada, con un niño sobre las rodillas, con las armas de abad en su peana, y que habiendo sido por algunos siglos Virgen titular, fué relegada á un rincón, por su antigüedad, y sustituida en el altar más privilegiado por una Virgen litografiada con vivos colores de la casa de V. Targhis de París.

se vuelve á dividir en los ramales de Santander, Leon y Galicia,

Y da nombre al pueblo, á la venta y á la estación una fuente natural de saludables aguas medicinales, situada en un repecho ó pequeña ondulacion del terreno al Oeste del vecindario, en cuyo olvidado manantial parece que halló salud y alivio de sus achaques el rey godó Recesvinto. Agradeció á Dios la cura, y en memoria de su agradecimiento alzó aequal rey, casi sobre la fuente, un pequeño santuario dedicado á San Juan Bautista.

Al hablar del monumento bizantino no crea el lector que ha de encontrarse con una obra rival de Santa Sofía de Bizancio, de San Vidal de Ravenna, ó de San Marcos de Venecia.

San Juan de Baños, aunque más moderna que las dos primeras, lleva más de tres siglos á la última, y si en su trazado no hubo artistas como Anthemius de Trales ó Isidoro de Mileto, aún pueden verse en los magníficos capiteles de sus columnas de mármol los puros y dulces perfiles que caracterizan también á aquellas suntuosas é inmortales construcciones.

Es una ermita pequeña, horrorosamente restaurada (?) hace pocos años, que aún conserva de lo que fué la forma general, las tres naves, las columnas, los arcos, el característico arco de entrada en forma de herradura

dura y entre cuatro sostenes en forma de concha, hay una lápida con esta inscripcion notable:

PRECEPSON DOMINI MARTIA BAPTISTA JOANNES.
POSIDE. CONSERVATAM. ETERNO. MUNE. SEDEM.
QVAM. FID. DEVOTVS. REX. RECEPITVS. AMAROS.
NOMINIS. IPSE. TVE. PRIMO. IVRE. DICAVIT.
TERCIO. POST. DECIMVM. COME. INCLITVS. ANNO.
SEXAGES. DECEM. ERA. NONAGESIMA. NONA.

(691.)

La fuente ó manantial que dió origen á la construcción, debió tener en lo antiguo alguna respetable obra de fábrica que la adornara y protegiera y de la cual hoy, completamente incrustados en el terreno, se conservan dos arcos y toda la capacidad interior donde se contiene el abundante caudal.

Poco tiempo despues de estas excursiones cercanas, con objeto de visitar el campo de batalla de Tamara, donde segun todas las conjeturas probables y á juzgar por los datos que la historia suministra, debió darse la batalla (1038) en que Bermudo III de Leon perdió á un tiempo con la vida la corona, tuve ocasión de contemplar un hermoso templo románico de la época más pura.

Volví por la tarde de aquellos inmensos llanos que cruza el Ucieza, y me detuve en la villa de Frómista á

esperar el tren. Mientras vanía recorri los templos de la poblacion, habiendo tenido el placer de ver, en Santa Maria, un altar ojival admirable, con muy buenos lienzos; en San Pedro, un San José, de Cerezo, y una notable copia de un Cristo, de Alonso Cano; y en San Martín toda una construcción románica, que diz que hizo elevar la reina doña Urraca (1115). El observador puede estar agradablemente entretenido sin penetrar en el templo, contemplando el desarrollo completo de sus tres ábsides y de los cuerpos superiores que sobre el central se elevan.

Aquellas ventanas de múltiples jambas y archivoltas redondas; aquella imposta ajedrezada que recorre todos los cuerpos; aquellos capiteles que coronan las cortas columnitas, llenos de raras y estrambóticas figuras; aquellos canecillos que circuyen la parte superior de los ábsides y de los cuerpos altos, en los que los artistas esculpieron lo más monstruoso, lo más raro, lo más obscuro que se ocurría á su supersticiosa imaginación; todo aquello es una bella página del arte, que encanta al aficionado y que le trae á la memoria el significado de las especulaciones cristianas de aquellas apartadas centurias, en que casi espontáneamente brotaron del seno de todos los pueblos castellanos admirables templos, refugio y guarida de los espíritus atribulados que crayeron llegado el fin de los siglos.

En el interior la construcción es idéntica á todas las de la época. Una nave central alta y estrecha, formada por arcos circulares que arrancan desde caprichosos capiteles, por encima de los cuales corre la imposta característica, y dos naves laterales más bajas que terminan en los ábsides pequeños. Delante del mayor, la indicación del crucero, con su domo elevado, que rasga el espacio y cuyas estrechas lucernas se abren entre las bóvedas cruzadas que arrancan desde los cuatro ángulos, adornados con los símbolos de los cuatro Evangelistas. El arco de triunfo con una inscripción bíblica trazada en raros caracteres sobre las dovelas; y en el conjunto general, el arte cristiano tendiendo á elevar sus naves por el espacio, indicando ya la ojiva, decorando sus columnas, sus frisos y sus arcos con cien creaciones distintas, que en nada se parecen á las del arte clásico pagano de las primeras épocas, ni á las creaciones del gusto bizantino.

Hubo en esta villa una de las antiguas *aljamas* de Castilla, y como recuerdo de los infelices judíos, aún se conserva en esta iglesia un *veligro*; aún se enseña en una plaza el balcón de Pilatos y aún se llama *Cedron* el arroyo que cruza la población.

Sobre un repecho del Támara y al lado de su hermosa iglesia ojival de que luego hablaré, hallé también un resto románico de remota época, de los primeros alzados tal vez, y que hoy está convertido en almacén ó depósito. Es sencillísimo el adorno circular que forma la imposta de su pequeña nave, y en un rudo capitel de característico trazado distinguí entre varias figuras una tendida como muerta. ¿Es aquel resto contemporáneo ó inmediato á la batalla?

La villa de Carrion de los Condes conserva vestigios de dos iglesias románicas. Una, Santa María, completamente remediada en el interior, tiene una bellísima portada; pero no es de carácter tan admirable como la preciosa puerta y el friso ó imafrenta que ostenta la de Santiago. Fué este templo presa de las llamas en la guerra de la Independencia, pero felizmente se conservó lo que hemos indicado.

El arco de la puerta es circular, sostenido por dos esbeltas columnas cuyos fustes están admirablemente labrados y en cuyos capiteles se ve la característica escena de los leones devorando á los niños. El dovelaje del arco está formado por una serie de estatuas de delicado y correcto trabajo, que figuran todos los oficios y artes populares. Sobre la puerta se eleva un gran friso que ocupa toda la fachada y en cuyo centro se ve al Padre Eterno sentado y rodeado de los símbolos de los cuatro Evangelistas. Lateralmente por ambas partes se ve una serie de variadas ornamantas con doseltes, en las cuales están casi todas las figuras del apoteolado limbadas.

El grupo central es precioso en detalles.

Como ejemplo de una construcción románica de transición he visto en Villamuriel, á una legua S. O. de Palencia, un templo de curiosísimas formas. Fué en lo antiguo fortaleza y templo y aún conserva de ambas cosas algunos vestigios.

Tiene también tres ábsides y ostenta en el arco de entrada un gracioso juego de hojas de vid y racimos que corre todo á lo largo de sus dovelas acanaladas. En el interior la forma de las bóvedas y los arcos de sus naves son ojivales, pero aún conserva el domo poligonal con sus símbolos característicos.

Del período ojival, de ese arte que llena tres siglos con sus incomparables creaciones, de esa admirable escuela que ha elevado su genio hasta las nubes entre las primorosas labores de sus afligridas agujas, también hay en estos pueblos castellanos buenos recuerdos.



DON SATURNINO ALVAREZ BUGALLAL.

En Palencia misma, San Miguel con su portada, con sus ábsides, con sus múltiples columnas empotradas y con su atrevida torre monumental, marca los primeros pasos del gusto ojival; el bonito templo de Santa Clara y la pobre nave de San Pablo, marcan la segunda época; y su espléndida catedral con sus dobles maravillas esculpidas en el trasero, con sus grandiosas puertas ojivales rellenas de adornos platerescos, con sus ventanas anchas y cortas en las que la ojiva va á desaparecer, marcan el último paso de ese arte, las postrimeras del período florido.

No es de un apunte ligero como éste el indicar detalladamente lo que en estos templos puede verse.

En Támara existe otro notable templo ojival; fué elevado á principios del siglo XIV bajo la advocación de San Hipólito, y si es curioso por lo anchuroso y esbelto de sus naves y por la severidad y grandeza general de la construcción, no lo es ménos por la variedad de los ricos detalles que encierra. Su púlpito es de piedra tallada en afligrida labor y digno de una catedral. Los aldeanos lo han pintorrotado todo; y muy de veras rogué al párroco en la visita que lo mandara raspar, si quería que luciera cual merece. La pila bautismal es grandiosa; compónese de un inmenso vaso de dos metros de diámetro y de una sola pieza, en cuya superficie estera hay esculpidas en muy buenos relieves varias escenas de la vida de Jesús, entre raras labores ojivales. Hay además dos pilas laterales más antiguas que el templo y llenas de notables labores por la época que revelan.

En las paredes del coro hay una bellísima decoración en donde se ve el apoteolado, bajo notables doseltes y entre una ornamentación delicada y florida. Toda está entucida de cal.

La fachada del templo era muy buena también, pero se hundió con parte de la fábrica en el siglo XVII y en su lugar elevaron una torre, notable por su altura, que está adornada en la parte central con el escudo real de los Reyes Católicos y con la imagen de San Hipólito. En todo el templo se ostentan las armas de Castilla y Leon. ¿Fué en memoria de la batalla de Támara, que unió ambos reinos?

Á dos leguas de la histórica villa de Saldaña hay un vestigio raro que me apresuré á visitar en cuanto supe que existía. Está entre los hermosos campos que riegan el Carrion, y se llama Santa María de la Vega.

Fué en lo antiguo un convento construido en el siglo XIII, hecho todo de ladrillo y con visibles huellas ó resabios de la influencia románica. En el siglo XVII le agregaron un claustro, y hoy del templo y del claustro sólo quedan en pie el ábside, que es establo de ganado, ruinas de la nave, que es estercolero, y una casa de labor arrimada á lo que fué lienzo oriental del claustro.

Frete á la casa de labor y arrimado al brocal de un pozo hay un bebedero de piedra. Si se observa el bebedero se ve, en una de sus caras, un señor muerto rodeado de su esposa, de sus hijos, deudos, criados y plañideras que lloran, y en este cuadro hay también el caballo del señor, llevado del diestro y con el escudo vuelto hacia abajo en señal de duelo. En el lado opuesto se ve al difunto tendido en su lecho rodeado de un obispo, varios abades, muchos monjes con cruces, cirios, hisopos y libros, todo ello entre arcadas ojivales almenadas, y en el lado estrecho que une á los dos primeros, por la parte en que no está arrimado al brocal, hay un caballero cristiano peleando con un moro, ambos á caballo.

El bebedero en cuestión es una caja sepulcral de notables labores, correspondiente á principios del siglo XIII, y en la que, según la tradición apunta, estuvo enterrado algun conde de Saldaña. Cuando yo llegué bebían en él algunos caballos y mulas:

*¿Dónde ántes reposó tanta grandeza
Hay metida las herricas la cabeza?*

La cubierta sepulcral yace enterrada entre la basura, á la derecha del ábside en el templo.

No era uno sólo el sepulcro que en él hubo. En una tejavana inmediata, sosteniendo los adoves de la pared, hay hasta tres cubiertas sepulcrales de gran tamaño, cada una con su estátua yacente y en buen estado de conservación.

Para ver buenos sepulcros de la misma índole artística, si bien de algunos años más adelante (segunda mitad del siglo XIII) me trasladé otro día á Villarcazar de Sirga, en el camino de Promiata á Carrion.

Hay en esta villa una hermosa iglesia ojival del segundo período, que ostenta tres grandes naves, una portada llena de figuras algo rudas, una capilla lateral con un buen altar del renacimiento y con un enterramiento de un abad ó obispo, y varias tablas de la época de la construcción en su altar mayor y en otro del lado del Evangelio. Debajo de dos arcos que sostienen el coro se ven las dos magníficas cajas sepulcrales del infante D. Felipe, tercer hijo de San Fernando, y de su esposa doña Inés de Castro.

Estas dos santas construcciones, dignas de figurar en los mejores museos, están perfectamente conservadas. El asunto que representan sus preciosos relieves es, según la costumbre de aquellas épocas, el duelo y el entierro de los personajes yacantes, y son casi idénticos en la composición á los que he indicado que se ven en los sepulcros anteriores. Las estatuas de ambos esposos son todo lo buenas que podían ser en los tiempos en que se labraron y están reglamentariamente decoradas en su atavío. Viste el infante de armamento guerrero y sobrevesta de gala, con birrete en la cabeza, la espada en la mano, y tiene la pierna derecha cruzada sobre la izquierda y apoyadas las piés en los leales cames que reposan en la orilla. En la cara del testero hay una inscripción que recuerda el objeto de la obra. La infanta está representada vestida de toda gala, con riquísimo tocado, y son muy dibujados todos los trabajos de su ornamento. Consérvanse las momias en muy buen estado, y de los antiguos atavíos con que fueron enterrados,

se llevaron allá hacia 1828 la espada, y en estos últimos años se han llevado el birrete y algunos trozos de los mantos, que hoy pueden verse en el Museo arqueológico.

Admirables obras son ambos sepulcros, porque revelan con todos sus detalles el carácter del arte en el siglo XIV.

Si el lector va alguna vez á Villarcázar de Sirga, no se contenta sólo con ver los sepulcros; al lado del de la infanta, entre lo más oscuro de la nave y entre un montón de piedras y maderos, hay una Virgen de piedra de tamaño algo mayor que el natural, sentada, con su niño sobre las rodillas, contemporánea de la primitiva fundación del templo y muy digna de ser estudiada. Es otro hermoso resto de esa época, que estaría muy bien en el Museo provincial palentino, cuando se funde.

Para contemplar una de las mejores producciones del arte del renacimiento que hay en España, es preciso volver á Carrion. Llevado allí con una comisión científica, pude á mi placer recorrer y detenerme en los solitarios claustros y dependencias del convento de San Zoil, antiguo monasterio benedictino, convertido en colegio por los jesuitas en estos últimos años antes de la revolución, que los expulsó de aquel sagrado recinto.

La primitiva construcción fué románica, de la cual aún puede verse alguna señal; el claustro es del renacimiento primitivo; la fachada de la iglesia es de la época de Herrera, y las obras del colegio con su gran patio son recientes.

El antiguo convento y el colegio están hoy olvidados, silenciosos, sin objeto y sin esperanzas en medio de un bosque de hermoso arbolado, en uno de los sitios más frondosos de la vega de Carrion. Allí, sentado en el claustro lleno de maravillosas labores, entre los espinos y rosales silvestres que crecen entre las piedras, y sin que nada turbara el silencio que reinaba, escribí estos cortos párrafos destinados á completar una relación de viajes para una publicación literaria de Vitoria:

«Solitario, abandonado, con una decoración natural de yerbas y arbustos silvestres, pregonando la magnificencia artística de la época del emperador de ambos mundos y la triste fortuna que por su objeto le ha cabido en estos tiempos, está el claustro de San Zoil.

«Como conjunto artístico es pesado; es una de tantas construcciones ahogadas de aquel período de transición que, habiendo renegado del esplendor y tendencias del arte ojival florido, mendigó al capricho reglas que en vano quisieron tener semejanza acular, y que vino á morir, al fin, ahogado por el imperio del arte clásico que Bramante y Miguel Ángel restauraron. Al buscar una idea entre las cenizas de la ciudad donde vivían. Aún son ojivales los arcos que componen sus fachadas; pero no hay proporción ni armonía entre el primer cuerpo, donde las labores primorosas de la escultura están, y el segundo formado por la galería de enanas columnas caprichosas, cuyos arcos recortados cierran hoy modernos armazones de madera y de cristal. Grandes apoyos ó pilares prismáticos avanzan desde el claustro al patio, y son tan pesados en su estructura y tan sencillos en su labor, que quitan á la maravilla interior mucha parte de su belleza.

«En las paredes y en los claustros nada hay de particular: son lisos y severos como el resto de la fábrica, pero desde la imposta al techo, desde los capiteles y ménsulas hasta la clave central de la bóveda, se admira ese capítulo del arte que ha dado nombre al convento y constituye el motivo de la fama con que anda rodando por el mundo esta maravilla.

«No es el lujo de San Marcos de Leon, pero es un espléndido capricho de la misma época, digno de ser admirado.

«¿Qué se trató de representar en aquellas figuras para cuya observación, como para mirar al cielo y pensar en Dios, hay que echar atrás la cerviz y clavar los ojos en lo alto?

«Pues nada más que mirar al cielo y elevar á él á los genios y santos de la orden benedictina.

«Allí están todos los personajes del Antiguo Testamento; en aquel cielo de paliza reluciente, entre aureolas y adornos y figuras raras de raros animales, están los patriarcas, los profetas, los jueces y los reyes de la antigua ley; y los apóstoles y los santos de la ley nueva; y los benitos agregados, sus preladados, sus sabios, sus santos, sus mártires, sus papas y sus monjes negros que tanto brillaron en las letras y en las ciencias.

«La ejecución es esmerada; el dibujo en las alegorías y adornos es todo lo más correcto y delicado que puede pedirse, y el estado de conservación completo.

«Don Gomez Diaz y doña Teresa Mañón, condes de Carrion, cuyo enterramiento está en el claustro, debieron ser los iniciadores y fundadores de esta hermosa

obra, en la que, según las memorias que se conservan, trabajaron sólo alarifes y escultores del país.

«Juan de Badajoz, el autor de la fachada de San Marcos de Leon, trazó la obra y empezó á dirigirla en 7 de marzo de 1537; fueron sucesivamente directores de los trabajos, Pedro Castrillo, que hizo el lienzo de Oriente, y Juan de Zelaya Palentino, que hizo desde el lienzo de Occidente al de Castrillo; esculpieron esas primorosas creaciones para eterna memoria de sus nombres y de la patria en que nacieron Espinosa, Antonio de Morante, de San Cebrian (1179), Juan Bello, de Sabagun (1514) y Bernardo Ortiz, de Palencia (1531).

«Es una magnífica portada que corresponde á un libro vulgar; una frente admirable adornada de ondulantes rizos que corresponden á un cuerpo pobre; una corona de gran valor artístico puesta en una ruda estatua de barro; un bovedaje incomparable y riquísimo pegado á un claustro sombrío y á un convento ordinario; un alarde de genio y de magnificencia, en fin, hecho con un edificio sencillo y olvidado.

«Aquí he visto, en el huerto, entre sus cuadros llenos de follaje, avanzando sosegadamente con paso tardo, inclinada la cabeza sobre el pecho, vestido el ropaje oscuro, con su sombrero de monje, su palo y su rosario, al viejo abad de San Zoil, único resto vivo y perecuno del claustro benedictino. Aquí está pegado á su querido convento, con el amor del molusco á su concha; con la fé del cristiano en su cruz, con la filosofía del monje verdadero, para quien nada son las galas ni los ruidos mundanos, el abad á quien ni la guerra, ni el olvido, ni la innovación jesuítica, ni el boato y el movimiento del colegio, ni las conmociones de la revolución, ni el frío de la inercia actual han bastado á arrancar de su retiro. ¡Ah! ¡Habrá para él tantos amores en aquellos recuerdos, en aquellas vetustas paredes donde el sol se refleja todas las tardes, en aquellas campanas que suenan como en los días de su noviciado y en aquel aire de la sierra que trae las tempestades y que á un tiempo gime en las grietas del convento y refresca su arrugado rostro ya caído por la edad y la pesadumbre! La misericordia de Dios es grande, dirá, como la esperanza de los justos, que es inmensa; y, ¿quién sabe si aún volverán aquellos suspirados días en que las puertas de San Zoil se abren para dar paso á la comunidad entera! Y si no vuelven, ¿quién puede quitarle la ilusión de pensar en ello!»

«Tratando de visitar una fortaleza rara que rodea á una colina pequeña, tal vez artificial amontonamiento de ruinas y escombros, sobre cuyas chatas almenas, á las que no puede subirse sino por una oscura escalera espiral á que da paso una cascada poterna, se ostenta aún una culebrina de hierro; en Grajal, provincia de Leon, inmediata al límite de Palencia, vi también un palacio del renacimiento con todo el aire señorial y toda la esplendidez que caracterizan á esas construcciones aristocráticas del siglo XVI. Fue erigido por los antiguos condes de Grajal y pertenece hoy al marqués de Alcañices. Su patio sencillo de dos cuerpos es de piedra sillar, el resto del edificio es de ladrillo. Sus tabiques son todos dobles, de modo que en su interior hay un verdadero palacio escondido, el cual tiene comunicación con el castillo por debajo de la villa. En su regia escalera es donde se conservan algunas labores platerescas.

Cocinas inmensas, múltiples departamentos cuyos techos han perdido casi en totalidad sus bonitos artonados, largos corredores llenos de celdas y habitaciones, torres abiertas donde anidan los gavilanes, todo está sólo, mudo, empolvado, como esperando á una legión de convidados que acompañen al señor, y aún más habitantes que el administrador que ocupa un reducido departamento. Desde la reja del palacio que cae sobre el lienzo izquierdo del altar mayor de la iglesia del pueblo vimos el templo, que nada tiene de particular.

Aún quedé en mis últimas excursiones con el deseo de ver el gran claustro románico de un arruinado convento que hay en Aguilar de Campo y la curiosísima colegiata de Guardo, de los que me han hecho gran ponderación.

Sensible es que esta provincia, que tan curiosos restos posee en toda su extensión, no haya planteado ya en la capital un Museo donde en metódica y ordenada exposición se guardaran mil de los restos móviles que se han perdido y se perderán, y donde en una extensa colección fotográfica pudieran el curioso y el hombre ilustrado ver todos los monumentos que aún quedan en pie y que constituirían una verdadera historia artística del país. Las comisiones de monumentos como cuerpos colectivos nada pueden hacer, porque les falta el elemento principal: el dinero.

Palencia, tan rica en recuerdos, tuvo una Diputación provincial que al recibir un oficio de la Comisión en el que se le pedía algunos recursos para empezar á trabajar, contestó: «Que en la provincia no había monumentos artísticos que estudiar, ni restauraciones arqueológicas que hacer.»

¡Dios se lo perdone!

Mientras tanto, para el que busca recuerdos de lo pasado, en Palencia y en el resto de España haré hoy que estudiar particularmente.

RICARDO BECERRA DE BENCOS.

DON SATURNINO ALVAREZ BUGALLAL.

Publicamos en la página 61 el retrato del Sr. Bugallal; la abundancia de original nos obliga á retirar la biografía de este distinguido hombre político; la insertaremos en el número próximo.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuación).

—¿Y qué es lo que mecase?...
—Nada, mañana hablaremos!
—¿Pues qué, te vas? preguntó Carmen palideciendo.
—Sí, repuso Pepe.
—¿Sí? Con que es decir que estás harto de mí...
—¿Quién dice eso?...
—Tus obras!
—Hasta mañana! exclamó el muchacho dirigiéndose hacia la puerta del corral.
—Hasta mañana, hijo! contestó Carmen incomodada, y luego continuó diciendo al ver el despego de su novio:

¡Nadie en su amante confía,
Que en amores y malicias,
No hay desde estar satisfecho
A estar harto, dos instantes!

Y sin hablar más palabra cerró de un golpe la puerta del corral y fue á su cuarto, sintiendo una cosa en el fondo de su corazón que no acertaba á explicarse si era rabia ó si era pena, aunque parecía tener de las dos cosas.

Pepe, por su parte, en cuanto se vió lejos de casa de Francisco respiró con más seguridad, á pesar de que en un rincón de su alma sentía una incomodidad bastante desagradable.

Hablando iba para sí, y aunque me acordé á oír lo que murmuraba sólo pude entenderle lo que sigue:

—¿Hay cosas que se ven y no se creen?... Pero no puedo echarle á nadie la culpa,

¡Todos mis cinco sentidos
En tí los quise poner,
Coyome tierra en los ojos,
Por mi mano me cegué!

Claramente resonaban en su oído aquellas frases que olvidó en otro tiempo, achacándolas á envidias de sus amigos:

¡Sufre conques tanta coña
Pensando que es amor,
¡Pues si las cosas caen!
¡Las cosas que es lo que hacen!

Pero Pepe era de fácil contentar, y nunca le preocupó mucho tiempo una pena, de modo que al llegar á su casa ya estaba algo más tranquilo.

XIII.

En la continua duda, que casi era ya una certeza, de la muerte de Manuel, María no cesaba un punto de llorar, y cada instante que transcurría se acrecentaba su dolor, lejos de mitigarse.

Siempre que el tío Pedro y su madre la aconsejaban que no se abatiera, ni perdiera nunca la esperanza, el último de los bienes que debían perderse sobre la tierra, respondía la muchacha anegada en llanto:

¡Qué poco se poe de penas
Quien tanta bien le esperanza,
Porque no es deña una dicha
Que es dicha mientras se tarda!

No habiendo cambio para consolarla, el tío Pedro no creía tampoco oportuno fomentar en el alma de María

una ilusión que probablemente había de desaparecer dentro de breve plazo.

Por eso muchas veces la predicaba la resignación, y sobre todo que caso de que á Manolo le hubiera sucedido una desgracia, sino por ella, al ménos por la pobre Antonia, que sufría mucho al verla de aquel modo, trataba de olvidarle, pues con poco que ella pusiera de su parte, el tiempo, la resignación y sus pocos años, harían lo demás.

Á lo cual contestaba la niña:

Me aconsejan que te olvide
Y no te podré olvidar...
¡Como no saben querer
Me vienen á aconsejar!

Al día siguiente de morir la mujer de Francisco, Antonia y otras personas caritativas del pueblo tuvieron que sufragar los gastos de su entierro, pues si no corría peligro de que la arrojaran á la fosa común.

El señor Francisco no se privó por eso de ir á la taberna continuamente, dejando á su hija encomendada al arreglo de la casa.

La chica tampoco se tomaba muchos dolores de cabeza, y como generalmente no había que cuidar mucho de condimentar la comida, íbase á la calle unas veces por cuenta propia, otras con achaque de vender algo de la ropa que quedó de su madre para poder vivir un día.

Si por casualidad su padre se enteraba de que la chica tenía en su poder algunos cuartos, siguiendo sus antiguas costumbres se posesionaba de ellos y entregábase los al tío Ramon, para ir saldando la cuenta que con él tenía, y que entretanto le dejaban ir bebiendo sobre su palabra.

Cármén, al poco tiempo de la muerte de Petra, estaba ya harta de su señor padre, y aunque ella, hasta entonces, había tenido el alma bastante espaciosa, se conanmía al ver que su novio cada vez se mostraba más indiferente con ella.

Una tarde, en fin, al salir Cármén de su casa se encontró á Pepe recostado en una esquina de la calle.

—¿Qué haces ahí? le preguntó Carmela.

—Guardándote estaba: contestó el muchacho.

—¿A mí?... ¡Pues sabias por ventura que yo saldría á esta hora?... reposo la primera.

—No; pero te esperaba por si te daba la ocurrencia de salir.

—¿Y para qué?..

—Para decirte que no extrañes no verme esta noche.

Cármén comprendió por el acento con que Pepe dijo aquello, que su respuesta encerraba otra intención. Y sin sin atreverse á explicársela le preguntó:

—¿Y puedo saber, al ménos, el por qué?

—Cármela, repuso Pepe muy cortado, yo te he querido con toda mi alma, pero tú no me has querido á mí!

—¿Eso dices ahora! exclamó Cármén palidocriendo. Y despues de una breve pausa, continuó:

—¿Haces bien, déjame, lo tengo bien merecido!... ¿Y en qué te fundas para decir eso?

—En que no tienes corazón! replicó Pepe fuera de sí.

—¿Y que lo digas así! murmuró Cármén tambaleando como una azogada.

Calló un instante, pero pasada la primera impresión, dijo con amargura:

¿En qué, dios, te he faltado
Que con tal rigor me tratas?
Si esto logra quien te sirve,
El que te ofenda, qué aguarda!..

Á pesar de que Pepe no había oído nunca en los labios de Cármén un acento tan parecido al dolor como con el que acababa de pronunciar aquellas frases, la contestó muy áspero y cada vez más lleno de ira:

—¿No puedo creer en tu cariño aunque me lo jures de rodillas!

Yo no te he visto llorar
Ni aun viendo á tu madre muerta;
Ojos que lloran nada bien,
No tapan un alma buena.*

Imutóse completamente la muchacha al oír las últimas palabras de su novio, y haciendo esfuerzos por dominar su turbación, le dijo:

—¿Que no me has visto llorar? ¡No quisiera más que un día de ventura por cada lágrima que me has hecho verter!

—¿Lágrimas de soberbia, que son lo mismo que maldiciones; pero lágrimas de ternura que son el emblema del cariño, no las has vertido jamás!..

Cármén apenas podía tenerse en pié, y sin embargo trataba de aparecer serena á los ojos de Pepe. No se atrevía á hablar y deseaba, sin embargo, concluir á todo

trance una situación tan violenta. Despues que se tranquilizó un poco, preguntó al muchacho:

—Y bien, José, ¿qué es lo que quieres de mí!..

—¿No es que quiero, contestó el interpelado, es que no quiero volverte á ver en la vida!

Cármela, al oír esto, tuvo que sostenerse contra la pared; un denso velo pasó por sus ojos y la dejó sin vista por un instante.

Pepe conoció el efecto que sus palabras habían hecho en su novia, pero no por eso cedió su cólera.

Cármén, sin poderse ya dominar, contestó balbuciente:

—¿Estás en tu derecho, déjame; pero aunque no me creas, oyeme! ¡Por juego empecé tus relaciones y hoy no me explico por qué siento que me dejes!..

—¿Si, es cierto! exclamó Pepe. Si es cierto que me quieres y que sufres al separarte de mí para siempre, ese cariño que ahora brota en tu pecho, será la maldición de tu madre que cae sobre tu alma, por lo infame que con ella fuiste!..

—¿Pepe de mi vida! murmuró Cármén de modo que no pudiera oírlo el muchacho.

—¿Adios! añadió José. ¡Tú no me puedes convencer! El pasado te lo perdono, y en adelante

¡Por agravios que me hagas
Tampoco me vengaré,
Pues que te vale el sagrado
De haberte querido bien!

Y continuó:—Pero léjos de tu lado... me das horror!!!

Acabado que hubo de decir esto, hizo un movimiento como en ademán de marcharse.

Cármén le contruvo y le alargó una mano diciéndole al mismo tiempo:

—¿Siquiera por última vez!

Pepe alargó la suya y estrechó débilmente la de Cármén. Al sentir ésta la mano de su novio entre la suya, alzó sus ojos y le miró...

Desasióse Pepe de la chica y echó á andar.

Al ver que el muchacho se alejaba, dos lágrimas rodaron por las mejillas de Cármén.

Los ojos á los veinte años, por seco y podrido que esté el corazón, tiene que llegar por fuerza un momento en que se acuerden que son espejos del alma!

XIV.

—¿Maruja! ¡Maruja!.. gritaba el tío Pedro radiante de alegría, entrando por la puerta de su casa. ¡Alégrate, chiquilla!.. ¡Mira, mira lo que traigo aquí!..

—¿Qué es! ¿Hay noticias?... preguntó la muchacha.

Y el tío Pedro dándole un papel que en la mano traía, la dijo:

—Lee!..

María pasó rápidamente la vista por él, y loca de contento exclamó:

—¿Madre, madre, carta... letra de Manolo!..

Antonia al oír las voces de su hija corrió en su busca, y cuando estuvo á su lado leyó María una carta de Manuel dirigida á sus padres, en la cual les decía que á su llegada á Madrid habíale dado un accidente, de resultas del cual había estado á la muerte, y que no habiendo podido escribirles él mismo, le encomendó á un compañero suyo el cuidado de que les mandara noticias suyas, y que, segun luego supo, cumplió bastante mal con su encargo, pues sólo les envió tres cartas, aunque decía que los escribía muy aménado.

Deciales, además, que ya estaba fuera de peligro, y encargaba que todas estas noticias llegaran á oídos de María, la hija de la señora Antonia.

Cuando acabó María de leer la susodicha carta, veía y lloraba al mismo tiempo. Antonia y el tío Pedro estaban atónitos mirándola, y la chica sin poder contenerse abrazaba al uno, besaba á la otra, y su corazón enviaba á sus ojos, envuelto en lágrimas de placer, el primer rayo de alegría que sintió desde la ausencia de su novia.

Despues, y como recordando sus penas pasadas y presentes, se puso á cantar entre alegre y triste:

¡Quien diga que los amantes
Están divertidos siempre,
Ni duelo de tener ojos
Ni estuvo jamás ausente!

Callaba un momento y luego proseguía:

Lo que más idolatraba
De mí vista se ausenta,
Ya no he de querer á nadie
Pues que todo me falta!

Cada vez más asombrado estaba el tío Pedro al contemplar la pasión de aquella niña que vió nacer y aun podía decirse que no había despertado á la vida.

No se explicaba cómo su corazón amaba tan de veras teniendo tan pocos años.

Generalmente he notado que cuando los hombres llegan al último término de la vida, olvidándose completamente de su juventud, se empeñan en medir la intensidad del amor por el número de días que cuenta el alma.

¡No parece sino que el sentimiento nace con la vejez!..

El alma siente en los primeros alboras de la vida, con un corazón lleno de fé, lleno de esperanza; poco á poco el tiempo enturbia el purísimo cristal de nuestras ilusiones, y llega un día en que la luz del desengaño deja casi agotadas las fuentes del cariño.

La juventud es fuego; la ancianidad es nieve; echad fuego al fuego y hallareis un incendio por resultado: echad nieve al fuego y encontrareis sólomente agua.

Así no es extraño que al contemplar el tío Pedro la pasión de María, se redujera á agua su entendimiento y no comprendiera cómo cabía un amor tan grande en un corazón tan niño.

Aunque la noticia del restablecimiento de Manolo aminoró las penas de María, sin embargo continuaba triste, y su madre la oyó suspirar como todas las tardes, cuando se ponían á coser á la puerta de su casa.

Antes, aquel era el momento en que veía á su novio, y ahora, por más que miraba á lo largo de la veredita, por donde antes subía corriendo Manolo, á nadie veía llegar... y entónces, dejando escapar un suspiro, murmuraba por lo bajo:

¡Ay! ¡dulce suspiro mío,
No quisiera más de tí,
Que hallarme donde te quito
Cuando te apartas de mí!

Y luego añadía:

El único consuelo
Que tengo ¡ay! triste
Es ver la veredita
Por donde fuiste!..

Despues, fijando la vista en el cielo, como si esperara ver en él grabada la imagen de su amante, brotaban dos lágrimas de sus ojos, que corrían silenciosas por sus pálidas mejillas.

La madre, al verla llorar, trataba de consolarla, y reprendiéndola cariñosamente la preguntaba la causa de aquel llanto intempestivo.

El pobre ángel respondía:

—No sé, madre mía, por qué lloro, no tengo más motivos ahora que antes, pero...

Cada vez que miro al cielo
Las lágrimas se me saltan,
No sé por qué, ni de qué,
Dijémos que el alma!..*

XV.

Tres meses han transcurrido desde la muerte de la infeliz Petra, y el señor Francisco y su hija viven en un cuartucho indecente y mal aparejado, que tuvieron que alquilar, á consecuencia de haber vendido la casa en que vivían para no morir de hambre.

Su estado era ya el más precario, y el señor Francisco estaba además tachado por la gente honrada, pues se le supuso cómplice de un robo que se efectuó en un pueblo inmediato al en que él vivía, y si bien no se pudo poner en claro fuese criminal, estuvo más de un mes en la cárcel, y moralmente todos estaban convencidos de su culpabilidad.

En Cármén se había efectuado un cambio completo. No salía de su casa, las rosas de sus mejillas habían perdido su encendido color, triste la mirada de sus ojos de cielo, mustio el ántes hermoso color de sus labios, apenas era una sombra de aquella Carmencilla tan loca y vivaracha que en otro tiempo conocimos.

Su padre la tenía completamente olvidada, y no teniendo á su mujer para desfogar sus borracheras, la pegaba aquel monstruo con su hija, á quien estaba dándole los mismos tormentos que dió á su infortunada madre.

Antonia había ido mil veces á socorrerla, procurando, por supuesto, ir á hora en que no estuviera su padre, y estaba muy complacida de ver el cambio radical que se efectuó en el carácter de la chica, ó si bien no pudo nunca conseguir que pusiera los pies en su casa.

Los inmensos ratos que Carmencilla pasaba sola en aquel chiticon, que por casa tenía, se los pasaba diciendo:

Ojos que en turbia corriente
Formas con el llanto un mar,
Si la culpa ha sido vuestra
¡Por qué os cansáis en llorar!

* Hecho de D. Julián Romea.

* De D. Miguel de los Santos Alvarez.



CORONA SEPULCRAL DE CASTAÑON.

Y luego continuaba ahogada por el llanto:
 —¡La maldición del cielo ha caído sobre mí! ¡Todo lo he perdido el día que murió mi madre!... ¡Tarde lo he conocido!... ¡Y Pepe!... ¡Ingrato!
 «¡Creíste que mi corazón era de hiena!... ¡Aún resueñan en mis oídos sus palabras!...»

«Yo no te he visto llorar
 Ni aun viendo á tu madre muerta,
 Ojos que llorar no saben
 No tapen un alma buena!...»

Pepe, por su parte, sufrió unos cuantos días; pero como quiera que *había tomado horror á Carmela* y en él no se efectuó cambio ninguno en su carácter, seguía enamorándose el lunes y buscando amor nuevo el sábado y domingo. La pasión que más le preocupó fué la de Carmen, pero hizo la *intención de olvidar* y lo consiguió de veras.

Una noche, después que Francisco se hubo acostado y dormido como un lirón, Carmela salió silenciosamente de su casa, cuidando de no despertar á su señor padre.

¡Carmen iba á esperar á José cerca de una ventana adonde acudía todas las noches!

Esto era otro tormento horrible para la muchacha, pues si deseaba verle tenía que buscar al hombre que idolatraba al lado de otra mujer: era muy cierto que la pobre niña

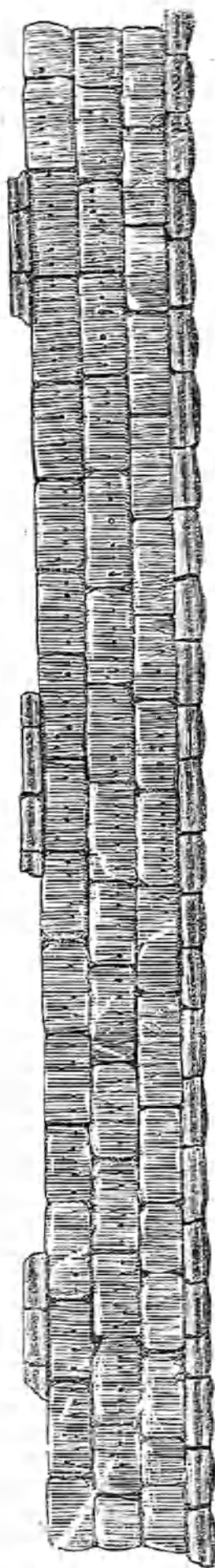
Yendo y viniendo
 Fuese enamorando;
 Empezó riendo,
 Y acabó llorando.

Al llegar Carmen cerca de la ventana de la nueva novia de Pepe, distinguió un hombre arrimado á ella, y comprendiendo que fuera su antiguo amante esperó á que concluyera de pelar la pava.

¡La situación de aquella pobre muchacha no tenía nada de envidiable!

La suerte la reducía á que su deber de hablar á Pepe la llevara á aquel extremo, pues Carmela había agotado todos los recursos para que él fuera á su casa, sin que nunca lo hubiera podido alcanzar.

CARTELA DEL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.



VISTA DEL BOTABANCO POR LA PARTE QUE MIRA Á ORIENTE.



VISTA DEL BOTABANCO POR LA PARTE QUE MIRA Á OCCIDENTE.

Escala de Pies Castellanos.

Concluyó Pepe su amorosa tarea y echó á andar en dirección del sitio donde se hallaba Carmen aguardándole.

Cuando estuvo cerca, la muchacha pronunció el nombre del chico en voz alta, de modo que aquel pudiera oírlo.

Al oírse nombrar Pepe volvió la cabeza y Carmen le hizo señas de que se acercara.

Así lo hizo aquel, y cuando estuvo frente á ella exclamó asombrado:

—¡Carmen, eres tú!

Esta, que hubo de comprender el efecto que su vista le causara, le contestó amargamente:

—¡Qué, ya no me conoces? ¡Tan olvidada me tienes!...

¡Y vamos, replicó José eludiendo la contestación á la pregunta que le acababa de hacer, ¿qué traes tú por aquí á estas horas!...

—Venía á buscarte.

—¡Á mí!...

—Á tí.

—Pues dí lo que me querías, dijo Pepe en tono algo brusco.

—Quiero recordarte una cosa.
 —¡El qué? preguntó el muchacho.
 Y Carmencilla temblando y con voz entrecortada, le dijo.

(Se continuará.)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	32 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	150 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMERICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	210 »
Ses meses.....	50 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »